NOSOTROS

« NOSOTROS »

(Primer capítulo de un libro en preparación)

(CONTINUACIÓN)

Pero su atención se reconcentraba en Buenos Aires, en el punto á que convergen todas las fuerzas del país, como al cerebro todos los nervios del cuerpo. Buenos Aires era su pasión y su esperanza; daría la mitad de su vida por despertar dentro de un siglo y contemplarla durante un mes, quince días, una semana sólo. Y en su entusiasmo, vuelto ya al coche que rodaba sin sacudidas por los rieles del tranvía, hablaba menos incorrectamente que de costumbre, con el rostro animado, los ojos brillantes, señalando con ademanes expresivos las cosas que creía ver en el futuro.

— ¡Hasta arte y literatura! Nada nos faltará, todo lo tendremos, todo está en germen, todo vibra y late ya. Comercio.... ahí están esas casas, que mueven capitales enormes. Industria.... cuando uno llega á Buenos Aires, de cualquier lado, ve erguirse chimeneas y más chimeneas en el suburbio: se multiplican, pero ya se elevarán á potencias, ya pulularán, ya nos harán un toldo de humo, una niebla de progreso, y seremos Londres, y Nueva York y París, y todo junto! Tiempo al tiempo.

Sorprendíame su entusiasmo que no compartía yo tan vivamente, y le observé que quizás se hiciera ilusiones; muchas veces se cifran grandes esperanzas en apariencias engañosas que luego

desvanece cualquier soplo. Indudablemente Buenos Aires tenía fuerzas de expansión ya en ejercicio, pero cualquier circunstancia, una guerra, la cesación de la corriente inmigratoria, un nuevo desastre económico, la desviación de los capitales extranjeros que fueran á otra parte, podían debilitarla de un momento á otro, producirle la anemia, hasta matarla quizás. Me miró con gesto de compasión risueña, sacudiendo la cabeza.

— No, no, dijo, el triunfo de Buenos Aires es ley fatal, y nada puede impedirlo. Todavía estamos en plena crisis económica, pero nada se ha detenido ni en los momentos más críticos; el progreso ha continuado sin cesar. ¿No ves? La edificación no se ha interrumpido; ha disminuido para ir luego creciendo otra vez lenta y seguramente....

Cuando lo produzcamos todo no necesitaremos oro, y por eso á larga es bueno el proteccinismo aunque momentáneamente nos haga sufrir. El oro no es una necesidad nacional, sino un tributo pagado al extranjero. Cierra la República á la importación y no moriremos de hambre.

Cuando nos instalamos de nuevo en su casa, continuó entonando su himno á la «capital de más porvenir de América del Sur».

— Parece que te hago un curso ¿no es cierto? Pero dejame hablar. ¡Hace tanto tiempo que no ves esto! Hay que ponerte al corriente.

Buenos Aires, que despertaba, lanzábase á una vida múltiple y complicada, impelida por las fuerzas más diversas, en plena modificación del medio, de la raza, de las costumbres. Nada en ella era definitivo: de un día para otro todo variaba, desde el tipo de la ciudad hasta el de sus habitantes. Cada raza nos traía algo de sus cualidades y defectos, y poco á poco esas razas iban confundiéndose, haciendo una sola, cuya evolución estaría completa dentro de un tiempo relativamente corto. El suelo se modificaba con el cultivo y la producción. La mezcla de sangre traía la mezcla de costumbres, y la creación de un carácter propio.

— Nuestro cosmopolitismo va á hacer nuestra nacionalidad. Cerrando las puertas á la inmigración, dentro de cincuenta años los extranjeros serían escasísimos, dentro de cien no habría uno solo en el país. Sin cerrarlas el resultado será muy semejante,

salvo que la inmigración tome entretanto un vuelo enorme, lo que sería de desear.

Nos hallamos sentados en el escritorio que hacía las veces de sala, mirando pasar los tranvías, que en un principio llevaban escasos pasajeros, y que, poco á poco, según adelantaba la tarde, iban pasando más llenos cada vez, como en una mudanza de media ciudad, hacia el arrabal de Belgrano y el barrio de Palermo, donde los alquileres son más baratos. La conversación decayó cuando las primeras sombras de la noche invadían el escritorio, casi desnudo de muebles, sin más adorno que una inmensa estantería llena de libros que ocupaba toda una pared, y sobre la que batía la luz que entraba por una de las ventanas de la calle. No había observado aún el pobre mueblaje: varias sillas y un sofá de nogal y esterilla, dos grandes sillones de Viena, una larga y ancha mesa cubierta de papeles y libros en desorden, en el centro, justamente debajo de la araña de gas; el piso estaba cubierto por una alfombra ordinaria, y las paredes modestamente blanqueadas y recuadradas.

— ¿Estás pobre? pregunté .

— ¿Lo preguntas por mi instalación? No. Esta casa es mía, tengo otra más al centro que me da buena renta, y luego algunas entraditas que me producen de mil á mil doscientos pesos mensuales. Pero el lujo no es mi fuerte y me impediría trabajar y pensar. Ya verás la casa, que no es mala: fondo completo, de sesenta y cinco varas como en otro tiempo, pero el terreno está casi todo ocupado por la huerta, donde hago un poco de ejercicio por las mañanas. Ya verás. Pero es hora de ir acercándonos al centro, si queremos comer.

El sol, después de dorar los frentes de las casas de la izquierda, se había ocultado tras de ligeras nubes rosas, y la lontananza evaporada, en aquel día de otoño, tomaba tonos violáceos, verdosos y sonrosados, con algunos toques apenas perceptibles de amarillo de Nápoles, mientras que, sobre nuestras cabezas el cielo estaba diáfano y pálido, de un celeste claro, más intenso hacia el naciente, donde las estrellas comenzaban á agujerear la bóveda como clavos de oro. Tomamos el tranvía, una jardinera que, casi vacía, rodaba con gran ruido de hierros, cruzándose con

otras, repletas de gente, los últimos que huian del centro una vez acabada la tarea.

— ¡Cuando pensás irte? preguntó Lové.

— A principio de Mayo, para llegar en primavera.

— Tengo tiempo entonces, — murmuró entre dientes.

— ¡Tiempo! ¿de qué?

— Nada; algo que se me ha puesto.... Quisiera convencerte de que harías mejor visitando el país. Para eso tengo un proyecto, un excelente proyecto: vamos á visitar Buenos Aires en estos días: yo te serviré de guía. Es curioso Buenos Aires para el que sabe mirarle; yo me ocupo de estudiar sus modalidades, sus costumbres, su vida, desde hace mucho tiempo. Primero lo hice inconcientemente, con pensamientos vagos sobre lo que veía al azar, sin términos de comparación, no habiendo visitado otras ciudades; luego, poco á poco, fuí dándome cuenta de que poseía ciertos elementos de juicio, en lo que se refiere á nuestra edilidad, al hojear estadísticas, al recorrer los artículos de los diarios; más tarde, cuando salí por la primera vez de la ciudad, ví más claro, libre del movimiento que tenía que arrastrarme como á los demás, y sobre todo escapado á la costumbre, verdadera venda que impide ver muchas cosas interesantes; entonces, cuando volví, me puse á observar de nuevo, conscientemente esta vez. Ahora estás desocupado ¿querés que trabajemos juntos?

— Si te parece tan interesante....

— ¡Como no!

Yo le escuchaba, pasivo, interesado por su conversación, satisfecho de haber escapado á la trivialidad y el formulismo que me perseguían desde mi llegada. Sin embargo, una vez lo interrumpí: Acababa de subir al tranvía, acompañada por una dama anciana, una joven de sorprendente belleza, morena, de cabellera opulenta, negra, con reflejos azulados, los ojos grandes, labios algo fuertes y muy rojos, el rostro oval, un poco alargado, la nariz fina, recta, la frente alta y tersa, la oreja pequeña.

— ¡Mira! exclamé tocando á mi amigo con el codo.

— ¡Lindísima!—exclamó;—es la de Cuecho, una señorita de lo más distinguido, como dicen las crónicas.

Y como la niña miraba hacia nuestro lado, saludó, con ademán correcto, quitándose el sombrero é inclinándose levemente.

— ¡Es una preciosura! agregó, volviéndose hacia mi y dando por terminado el incidente, para continuar catequizándome.

Muy cerca de mi oido, hablábame con voz clara, rápidamente, como poseedor de tema hasta en sus menores detalles, mientras que yo consideraba á la niña, sentada algo adelante de nosotros y cuyo fino perfil me presentaba á veces al mirar á uno y otro lado. Sin duda era hermosísima, de aire distinguido, vestida con elegancia y riqueza, casi sonriente, tal era la placidéz de su rostro y el brillo puro de sus ojos negros. Me extrañaba verla en el tranvía, porque indudablemente debía tener carruaje: la dama y ella parecían muy ricas, llevaban encima blondas y encajes de mucho valor.

— Mirá, seguía diciendo Lové; no hay desperdicio en Buenos Aires, ni en la vida pública, ni en la vida social, ni en la vida privada. Nuestra política es nuestra y de nadie más: estamos tan lejos de las republiquetas centro americanas como de las repúblicas de Norte América y Europa. La prensa política tiene un tipo híbrido curioso y casi sin parentesco conocido. Los partidos sin rumbo claro, personalistas aunque excomulguen el personalismo, ambiciosos de mando más que de otra cosa, plutócratas casi todos ó todos, ofrecen un campo inmenso á la observación. El socialismo nace en condiciones aparte, muy diversas de las de Europa, mientras que la anarquía no encuentra tierra fértil y muere antes de brotar. El pueblo, en su gran mayoría, queda indiferente, hasta en los grandes sacudimientos como la revolución del 90. Y el comercio ocupa á todo el mundo, y lo arrastra á una vida vertiginosa, lo lleva á la especulación, lo trastorna y arrebata en una incesante lucha, con necesidades crecientes, con ambiciones cada vez mayores, en que el dinero es el único medio y el único fin. La industria, pequeña todavía, que sin embargo lo intenta todo y que fabrica espejos, mosaicos, pasamanería, paños, tejidos, tapicerías, carruajes, aceite, todo, todo lo necesario, todo, todo lo superfluo, hasta billares y barniz; artificial y de vida precaria en muchos ramos, pero en otros exhuberante y sólida, llena de salud y porvenir. Y las profesiones liberales, con sus costumbres aparte, su psicología especial, como es especial la de los comerciantes. Médicos, abogados, ingenieros, hasta artistas, envueltos en especulaciones de Bolsa, en socieda-

des anónimas, en industrias agrícolas y ganaderas, haciendo entre cura y cura, entre pleito y pleito, entre plano y plano, operaciones bancarias, compraventas de tierra, de ganados, de cosechas. Y la turba de empleados públicos, ignorantes de la administración, refugiados por ineptos en las oficinas gubernativas, esperando una ocasión para hacer dinero: un secreto adivinado, una alta protección, un servicio inconfesable. La inmensa y doble centralización, una dentro del país, la capital; otra dentro de la capital, la *city*; hoy desde Callao al río y desde Alsina á Cuyo ó Corrientes.

Se interrumpió. Las dos damas, madre é hija sin duda, iban á bajar del tranvía, y lo saludaban con una ligera inclinación de cabeza.

— ¡Indudablemente es muy linda! exclamé.

Me miró sonriendo, se encojió de hombros y continuó:

— Todo es curioso. El raro concepto que existe de la autoridad, que no toma para nosotros contornos respetables, en lo que nos queda de bonhomia de la aldea que fuimos y que no ha desaparecido del todo. El gobierno nacional, que codeamos todos los días al salir de la Casa Rosada, que casi tuteamos; el gobierno comunal, más cercano aún, sólo temible por los impuestos; las cámaras, cuya vida íntima conocemos de pe á pa, y de cuyos miembros habla el almacenero de la esquina como si se hubieran criado juntos, lo que suele ser cierto; la policía, más temida porque en otro tiempo solía hacer sus barrabasadas, pero no menos burlada por eso. ¡Y ya ves si hay tela en qué cortar!

— ¡Y tanta! exclamé.

— Lo que aquí sucede toma contornos propios, característicos, tanto en las manifestaciones de la vida pública como en las privadas. La beneficencia, que gasta al año enormes sumas, pesimamente invertidas en la generalidad de los casos; la instrucción primaria que, después de muchos tanteos, parece por fin tomar rumbo; la instrucción secundaria que deja á los muchachos tan ignorantes como si nada hubieran estudiado, y las facultades, que suelen limitarse á dar certificados de sapiencia: la de derecho, escolástica, metafísica, superficial; la de ingeniería que sólo abre el camino para que puedan estudiar y saber los que quieran, después de recibidos; la de medicina, donde todavía reina anarquía

de escuelas, de modo que el alumno tiene que tomar partido. Y la vida privada en sus múltiples manifestaciones, desde el conventillo hasta el palacio, desde las familias del país ó ya aclimatadas hasta los que no se han despojado aún de las costumbres que trajeron de su tierra según la raza, la religión, los medios económicos, la educación, hasta la moda del momento, en un cosmopolitismo actual que es una verdadera maraña, pero que tiende poderosamente á la homogeneidad futura dentro de cada clase, porque como habrán notado, ya se fundan aristocracías, sobre bases tan falsas cuanto injustas.

— Tu plan de estudio,—dije—es demasiado vasto para que podamos recorrerlo ni aun superficialmente en un año entero. Y ya sabes que apenas tenemos más de un mes. Yo no renuncio á ir á Europa.

— Algo veremos, y peor es nada. Claro que para hacer un estudio profundo y concienzudo se necesita tiempo, mucho tiempo, y sobre todo conocimientos especiales, que ni tú ni yo tenemos.... á menos que te hayas hecho un sabio en la estancia.

ROBERTO J. PAYRÓ.

(Concluirá)

ÉTICA DEL CRISTIANISMO *

El *judaismo*, la vieja religión de los hebreos, tal cual se refleja en los libros sagrados que forman el *Antiguo Testamento*, arranca sus concepciones éticas de dos ideas fundamentales : la existencia de un Dios-providencia y el Talión. El Dios-providencia representa una suma idealización del antropomorfismo religioso. Jehová es una divinidad única, con poderes, sentimientos é ideas humanas. Profesa inquebrantables principios éticos, que le sirven de criterio para calificar las acciones de los hombres y castigarles ó premiarles. Los premios y castigos se verificaban en la vida material y mortal, pues parece que el pueblo hebreo no tuvo una noción clara de la inmortalidad del alma casi hasta la proximidad de la era cristiana.

Es probable que esa noción le repugnara, dada su fe sombría y absoluta, la más absoluta de la historia, por acercarse un tanto al heroísmo politeísta y al panteísmo. El monoteísmo hebraico no admitía nada más que á Jehová sobre la naturaleza sensible. Por esta repugnancia, prescindencia ú obscuridad del principio de la inmortalidad humana, Jehová, para premiar á los buenos, aumentaba sus ganados, fecundaba sus cosechas, protegía sus mujeres dándoles hijos varones ; les colmaba, en fin, de bienestar y prosperidad. A los malos, castigábales también en sus bienes y sus afectos. Sus bendiciones y maldiciones pasaban de generación en

* De un libro en prensa.

generación. El *criterium* para juzgar lo bueno y lo malo constituíase, en primer término, por una virtud general y suprema, el Temor de Dios, y, en segundo, por una serie de virtudes especiales de bastante culta y elevada moralidad. Revelábase el temor de Dios en el estricto cumplimiento de un vasto y complicado ritual, que comprendía como partes esenciales : la oración, los sacrificios, la santificación de las fiestas, la concurrencia al templo, el homenaje al sacerdocio, el no comer carne impura como la del cerdo y la liebre y la puntual ejecución de ciertos actos menos importantes de piedad exterior. Los sentimientos religiosos ostentábanse aparatosa y públicamente, para edificación de los tibios espíritus. Divinidad absoluta y celosa si la hubo, Jehová reprueba como supremo crímen la impiedad y la idolatría. Las reglas morales propiamente dichas se hallan admirablemente condensadas por Moisés en el Decálogo; condenábase el desafecto filial, el robo, el homicidio, la fornicación, el adulterio.

Los castigos ejemplares de Jehová fueron calcados del talión ó sea del humano ejemplo de la represión de la maldad ó injusticia haciendo sufrir, á quien la ejecuta, pena equivalente á la causada por su acto punible. «Ojo por ojo, diente por diente.» En el *Levítico* (XXIV, 17-22) se define así el talión : «Aquel que mate un hombre, cualquiera que sea, será castigado de muerte. Aquel que mate un animal, deberá reemplazarlo; vida por vida. Cuando un hombre haya inferido una herida á otro, se le inferirá una igual; fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente; se le hará el mismo mal que él hiciere á otro hombre... No tendréis más que una ley; el extranjero será como el nacido en el país; pues yo soy el Eterno, vuestro Dios.» De esta manera el talión viene á tener un doble carácter, humano y divino. Humano, cuando el hombre, de acuerdo con los preceptos religiosos, se venga por sí mismo ó por medio de sus gobernantes : sacerdotes, reyes ó jueces. Divino, cuando Jehová castiga directamente la impiedad y la maldad.

El Dios-providencia de los hebreos era también un Dios legislador. La moral preceptiva y la legislación judía confundíanse en su común origen, el mandato divino. Como en todas las religiones naturales y en todas las sociedades teocráticas, el derecho y la moral, para el judaísmo, formaban una unidad indivisa en el seno de la concepción religiosa. La autoridad de los sacerdotes, re-

yes ó jueces, en fin, el gobierno social, era al propio tiempo religioso y jurídico.

Por el aumento de la cultura definiéronse, hacia el siglo II antes de Cristo, dos nuevas concepciones religiosas: la Expiación y la Inmortalidad. Vino la primera á completar y elevar la noción del talión; la segunda, el concepto de Dios-providencia. Puede decirse que es en el *Libro de Job* donde se define, si no las dos nuevas concepciones, por lo menos la nueva idea expiatoria. Job, varón justo y temeroso de Dios, es amagado por males irreparables y penas insufribles. Sus propios amigos llegan á dudar de su virtud, y él, en el paroxismo de la desesperación, reniega de Jehová. Pero, como Jehová le habla y conforta, él se somete y le acata. El Dios-providencia no quería más que humillarle y probarle, como á hijo predilecto, para compensarle luego, como en efecto le recompensa. Hállase ahí en germen la idea de la gracia, ó de la predilección divina; la gracia se traduce en pruebas cuyo efecto es purificar el alma. La pena puede tener entonces, no ya siempre, un carácter de castigo, sino también de redención y perfeccionamiento, vale decir, de expiación En el varón justo como Job, más que por expiación de una falta determinada, verifícase por gracia una especie de sufrimiento depurador, que luego, en el cristianismo, podrá redimir igualmente los más empedernidos pecadores. Hay así en la adversidad que nos envía el Dios-providencia una intención generosa que eleva y dignifica la primitiva idea del talión, de la mera vindicación ó venganza de una divinidad ofendida y colérica como un hombre.

El concepto de la inmortalidad del alma humana ha sido posiblemente infiltrado en el judaísmo por la cultura griega. En todo caso, este concepto no adquiere suficiente nitidez y seguridad más que en el cristianismo, donde completa la idea de la expiación con una ética neta y declaradamente perfeccionista. «Dios creó el hombre á su imagen y semejanza», según el *Génesis*. Mas esta semejanza sólo adquiere suficiente acentuación con la noción de la inmortalidad del alma, á fines de la era precristiana. Concreta ya esta noción en la doctrina de Cristo, puede Él entonces presentarnos la más sublime síntesis de todo perfeccionismo religioso-moral: «Sed perfecto como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos.» Como toda religión de cultura, el cristianismo es pues más

definidamente perfeccionista que la religión natural que le antecede y sirve de base.

En el ánimo de Jesús, en las prédicas de San Pablo y de los demás apóstoles, y, por consiguiente, en las interpretaciones primeras de la nueva doctrina cristiana, hállase la idea madre de la Piedad, la simpatía al dolor ajeno, la conmiseración de los infelices y los desheredados. Esta idea ó sentimiento primordial y generador adquiere su poderoso dinamismo porque se basa en una concepción de la Igualdad humana, la igualdad de todos los hombres, en derechos y deberes. En forma tan absoluta y categórica, el *principio ecualitario* viene á ser nuevo y revolucionario para las civilizaciones de Occidente. La igualdad ciudadana ó republicana de griegos y romanos, la filosofía de la amistad cívica de Sócrates, Platón y Aristóteles, la doctrina de los estoicos, son todas concepciones humanitarias que sirven de antecedente á la igualdad del cristianismo; pero que en ninguna manera lo equivalen. No olvidemos que la república greco-latina es patrimonio exclusivo del ciudadano, y que la ética de Aristóteles justifica la esclavitud. Los estoicos se acercan más al cristianismo, llegando hasta proclamar una especie de igualdad ideal y á condenar la esclavitud. Mas carecen de esa *caridad activa* que tan eficazmente propende, en la teoría cristiana, á mejorar la condición de los débiles, vencidos y desgraciados.

Si la caridad es la primera virtud cristiana, la igualdad es el principio filosófico de la caridad cristiana. «Ya no hay esclavo ni libre, ni griego, ni judío, ni hombre, ni mujer, pues todos sois uno en Jesucristo», exclama enérgicamente San Pablo (Epis. á los Gálatas, III, 28). Extremando este principio ecualitario, los primeros padres de la iglesia llegan hasta desconocer la legitimidad del derecho de propiedad, ó sea su valor ético. «La naturaleza, dice San Ambrosio, ha sido dada en común á ricos y pobres. ¿Por qué, oh ricos, os arrogáis vosotros solos su propiedad? La naturaleza ha creado el derecho común. La usurpación hizo el derecho privado.» «La distinción de ricos y pobres no parecía á los primeros doctores de la iglesia más ni menos justa que la de los señores y esclavos (1).» «Ante Dios, dice Lactancio, no hay ni esclavo ni señor,

1. A. Fouillée. Cita á San Ambrosio *(De offic.*, I, XXVIII);

puesto que él es nuestro padre común; todos somos libres. Ante Dios no hay más pobre que aquél que carece de justicia, ni más rico que aquél que lo es en virtudes.» «¿Con qué derecho, pregunta San Agustín, posee cada cual lo que posee? ¿No es por derecho humano? Según el derecho divino, Dios ha hecho los ricos y los pobres del mismo barro y una misma tierra los sustenta. Es por virtud del derecho humano por lo que puede decirse: «Esta ciudad es mía, esta casa es mía, este esclavo me pertenece.» Mas el derecho humano no es otra cosa que el derecho imperial. ¿Por qué? Porque por medio de los emperadores y los reyes del siglo distribuye Dios el derecho humano al género humano. Suprimid el derecho de los emperadores, ¿quién osará decir: «esta ciudad me pertenece, este esclavo es mío, esta casa es mía?» Y como este texto, muchos otros sostienen que «la propiedad no es de derecho natural, sino solamente de derecho positivo; más aún, de derecho imperial».

Es del caso preguntarse si, realmente, en el cristianismo puro, tal cual lo enseñara Jesús y lo difundiera San Pablo, se condena la propiedad. A mi juicio, la cuestión tiene dos fases íntimamente conexas: el *trabajo* y la *propiedad*. Se ha señalado como curiosísima «laguna» de los evangelios, su silencio respecto del trabajo. Respecto de la propiedad, se recuerda ante todo la famosa sentencia de Jesús: «Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios»...

Compréndese claramente el silencio de los evangelistas respecto del trabajo. El trabajo organizado y eficiente implica la división social del trabajo. Esta división significa la desigualdad social. Al condenarse las desigualdades sociales, condénase al trabajo como un *medio de cultura* política y material. Los evangelistas no justifican pues el trabajo en la forma existente en las civilizaciones antiguas. En cambio, al hacer de la caridad eje y centro de la nueva ética, recomiendan tácitamente todo trabajo con *fines caritativos*, ó de cultura religiosa y perfeccionista.

La propiedad es como una forma del trabajo, «trabajo cristalizado». Cuando el trabajo se cristaliza con fines de cultura políti-

---

Lactancio *(Inst. Crist.*, V, XIV); San Agustín *(In Evangel. Johanhis.; Tract*, 25, 26).

ca y material, es condenable. Revela desigualdad, y por consiguiente injusticia humana. La propiedad, para justificarse, debe ser empleada en obras piadosas y caritativas.

El silencio de los evangelistas sobre el trabajo y sus poco explícitas declaraciones sobre la propiedad, no obstan, me parece, á una clara comprensión de la verdadera doctrina cristiana. En esta doctrina la igualdad es el ideal supremo para el reino de Dios, en el reino del Hombre existen desigualdades de trabajo y de propiedad que deben tolerarse por espíritu de caridad y por la firme esperanza de que esta caridad será premiada en el reino de Dios. Por esto abundan tantas sentencias y parábolas en la prédica de Jesús encareciendo el mayor valor ético de los pobres y los humildes respecto de los ricos y los poderosos de la tierra.

Es ahí donde está la verdadera *transmutación de valores éticos* operada por el cristianismo. Para los paganos, y en cierto modo también para los hebreos, los ricos y los poderosos — los sacerdotes, los reyes y los guerreros — eran éticamente superiores á los trabajadores y esclavos. La gran revolución que engendra el cristianismo en el mundo antiguo no es más que la valorización de las cualidades de los débiles y los vencidos, que antes se consideraran negativas. Para los romanos, la expresión «bajeza de alma» significaba la existencia de sentimientos humanitarios en los ciudadanos, y, especialmente, en los aristócratas del imperio; para los cristianos, la falta de sentimientos humanitarios es la verdadera «bajeza de alma».

De la virtud suprema, vale decir, de la Caridad, se desprenden, para el cristianismo puro, una serie de virtudes secundarias y concomitantes: Castidad, Resignación, Pureza de alma, Fe, Esperanza, etc. Y todas ellas giran alrededor del principio de la igualdad humana y de la plena seguridad de una compensación justiciera para despues de la muerte.

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

LA DAMA DEL JARDÍN

Mirando anoche tu semblante
De una frescura de jazmín,
Y el aire fino y arrogante
Con que cruzabas el jardín:

Contemplando tu cabellera
Ardiente y blonda como el sol,
Tu boca exigua y hechicera
Como un fantástico arrebol;

Al admirar de tus pupilas,
Con suerte extraña de avidez,
Los armoniosos tonos lilas
Y la profunda languidez;

Viéndote joven todavía,
Llena de encanto y de vigor,
En la opulenta lozanía
De tus treinta años en flor,

Electrizando con la aureola
De tu belleza singular,

Al que te vé, mágica y sola,
Mágica y honda como el mar;

Al Tiempo duro é implacable,
Formulé un ruego de pasión
Y le pedí guarde, impecable,
Como un tesoro de ilusión,

Tu juventud, riente y sonora,
Con vibraciones de cristal,
Fuente perenne donde mora
Cuanto hay de hermoso y señorial.

Así fué el voto, bella dama,
Que anoche mismo pronuncié,
Mientras hendias en la grama
Del parque rústico tu pié.

No soy tu paje ni tu amante,
La vida nunca nos juntó,
Pero yo te he visto un instante
Y ese momento me bastó.

Muchas mujeres prodigiosas
Por mi camino cruzarán;
Muchas mejillas como rosas
Mi sendero perfumarán.

Miraré estrellas en los ojos,
En frescos labios el rubí,
De otras mujeres tendré antojos,
Porque mi espíritu es así,

Pero jamás, estoy seguro,
Veré quien tenga tu perfil,
Ni quién supere en el futuro
Tu cuello ágil de marfil.

Y así como un frasco de esencias
Conserva siempre su olor,
El ópalo sus transparencias,
La perla fina su valor,

Así también, eternamente,
En mi memoria vivirás,
Y como astro resplandeciente
Sola y altiva reinarás.

EUGENIO DÍAZ ROMERO.

LOS ORIENTALES

Gente española descubrió el Uruguay, y como perociesen bastantes en un desembarco, á manos de los aborígenes, ni entonces ni en lo sucesivo se procedió á la comedia de arrancar puñados de pasto, girar en el aire las espadas y tomar posesión del territorio en nombre del rey.

El país estuvo abandonado dos siglos, pues no ofrecía aliciente á los buscadores de Ofires. La primer tentativa de colonización—si tal puede nombrarse un fortín, antes que se elevase vivienda española en todo el atlántico del sud—fué arrasada por los indígenas.

Fundada Buenos Aires, al otro lado del rio, hubo nuevos intentos de erigir villas en la Banda Oriental, pero tampoco prosperaron. La gran tribu bélica de los charrúas, con sus hachas y boleadoras de piedra, señoreaba el largo del Plata y dificultaba su conquista.

A la luz de la leyenda—prosa y versos de soldados y frailes—combaten sin cesar, con sombrío furor, los hombres de las hachas de piedra, y en tales fabulosas páginas cualquier tribu vale por Troya y cualquier cacique sale hombro á hombro con Eneas.

* * *

La concentración de los conquistadores, desde el siglo XVI, se operaba hacia el Oeste y tomó fuerza con la fundación del Sacra-

mento por los lusitanos, viéndose de allí en adelante guerras é incendios en los contornos de la ciudad del contrabando, disputándose algo menos de una legua de tierra—en tanto que el resto del país permanecía salvaje—españoles, lusitanos é ingleses, con fortalezas y navíos.

Grandes naves calaban las aguas del Sacramento ó la Colonia. Naves inglesas, portuguesas, holandesas. Importaban negros esclavos, manufacturas y armas de Europa, sedas de la India, te y porcelanas de la China, especias de Molucas, de que surtían al continente clausurado al comercio, y exportaban, en cambio, sebo, cueros y crines. Guerras y tratados con Portugal para recuperar la Colonia, inútiles. Apoyado por Inglaterra el intruso, planeó señorear nuevos territorios valdíos, y á ese fin ocupó por armas y flota la enteramente desierta bahía de Montevideo. De allí logró echarlos el español y alzar villorrio socorrido de fuerte. ¿Debemos decir que cualquier casa de comercio de la época podía enorgullecerse de estar más poblada que el villorrio? Vino, sin embargo, á engrosarlo, al poco tiempo, desde la península, un cargamento de gallegos que los temporales no quisieron hundir...

La lucha con los portugueses no amainó, y al cabo éstos, por habilidad y diplomacia, se quedaron con Río Grande, grande como un reino europeo, templado de clima, y aunque montañoso propio para ganados. Perdió también España parte de las Misiones, el Guayrá y Matogroso.

* * *

En su génesis, la conquista española recordaba poco ó nada un poder central. Sus tropas, ni cultas ni moderadas. Antes bien hombres de presa y delincuentes arrancados á los presidios. Nada más desemejante que los fanáticos y honrados compañeros de Penn y los aventureros de Carlos V. Iban éstos por donde les placía, y en nombre del rey asaltaban imperios y ciudades. Sin nociones de humanidad, ni ideales de ninguna especie, traicionaban y mataban á los indígenas con igual despreocupación que si estuvieran dormidos y soñando. Ni los ríos de plata, ni la estupenda magestad de las montañas, despertaban asomos

de admiración en estos hombres de pura vida interna. Y cruzaban eriales á las mismas aves ingratos, bosques de nocturna oscuridad, ciénagas habitadas de caimanes, abatiendo naciones con las espadas. Ni eran mejores entonces las costumbres de los Estados que las particulares, siendo en ellos la lealtad, extranjera. Un cristianismo degenerado encubría hipocresías peores sin comparación, que las paganas. ¿O tenían algo de común los asesinos de la Inquisición con el riente excepticismo ciceroniano? La brutalidad germánica había segado todas las flores del Imperio: gracia, delicadeza, poesía. Pan era un diablo; diablos las divinidades de la infancia del mundo, las deificadas fuerzas. El diablo, católico ó protestante, asomaba su silueta sulfurosa por toda aquella tiniebla que el reciente descubrimiento de las Indias Nuevas iba á tocar de rosicler.

La ciencia sepultada bajo siete piedras. Epicuro vagando, á modo de sombra infernal, en el Orco dantesco. Los sabios devoraban leñosa corteza aristotélica. Del crimen se redimían los mortales con bulas y teorías de gracia.

¿Que guerreros podían salir de una semejante sociedad?

* * *

Al Plata vinieron gentes menos bruscas y la conquista no pesó con el horror de la tragedia, siendo acaso el cargo más fuerte imputable á los dominadores, sus estrechas miras fiscales. «Es preciso confesar, dice el virtuoso sacerdote revolucionario Juan Ignacio Gorriti, que el gobierno español, después del francés, fué el menos tiránico. Sería honorable para la nación española y consolante á la humanidad, poder contribuir esta lenidad comparativa á un resto de pudor y de amor á la justicia, que no le permitía los refinamientos de tiranía que ejercen otras naciones en sus colonias. El pueblo americano estaba educado en la ignorancia más estúpida. Si se hacía ostentación de algunos establecimientos literarios, era para hacer perder su tiempo é inutilizar á la juventud en el estudio de ciencias estériles. Las matemáticas, la física experimental, la geografía, el derecho público, la economía política, la ciencia de la legislación, eran materias

proscriptas en las universidades. Los libros que trataban estas materias nos eran prohibidos inquisitorialmente en nombre de la religión. Se sospechaba de la creencia de los que á escondidas se atrevían á leerlos. Las costumbres no eran mejor tratadas que las ciencias. Se fomentaban ciertas prácticas minuciosas y se decuidaban las de una virtud sólida. Un hombre que se inscribía en todas las cofradías y hermandades, que oía todos los domingos misa y frecuentaba sacramentos, era aceptado por ejemplar, aunque fuese un avaro injusto, aunque desease ganancias sórdidas y defraudase al jornalero del precio de su trabajo; aunque fuese un marido duro é intratable, un padre cruel, ciudadano indolente y amigo infiel. Por medios indirectos se fomentaba en los americanos la pereza y con ella los vicios que la siguen, trabando los progresos de la industria y poniéndonos en la necesidad de ser miserables pisando las riquezas.»

* * *

Poco prosperó la Banda Oriental bajo los españoles. Caía sobre sus villorrios la sombra del poder militar. Las playas, llenas de guardacostas; el litoral, sin un faro, de suerte que las noches en las riberas se asemejaban en su soledad á las noches primitivas.

Las mercaderías de España llegaban aquí por el camino del Perú, trepando el Ande. La inteligencia sin libros hacía juego con los campos incultos, casi sin un arado. La sociedad, dividida en castas. Media población, negros de lanuda cabeza, esclavos. La otra mitad, ó poco menos, gauchos ó jinetes pastores. Y rigiendo á estas 25 ó 30 mil almas, medio millar de funcionarios; dos ó tres mil soldados. Los gauchos, enemigos de toda autoridad, formados á los rigores del clima, sintiéndose libres en sus desiertos, acabaron por rebelarse contra los españoles; pero antes ocurrió lo de las invasiones inglesas que rindieron á Montevideo y á casi todo el país, abandonado al fin por capitulación de su general en las calles de Buenos Aires.

* * *

La revuelta de los nativos estalló en los campos de Asencio. V. Benavidez era un intrépido ambicioso. Entró al servicio de España y fué ascendido á cabo; pero el cabo no se sentía á gusto y le fastidiaba verse entre locuaces gallegos y maldicientesc catalanes.

Reía para sus adentros viendo los oros del general de su guarnición y la faz ceñuda de sus jefes, y en cuanto el vecino Pedro Viera le habló secretamente de algo que en secreto sabía, vió acercarse el tiempo que amaba.

Viera le enseñó letras de Artigas, nombre que resonaba en los campos. Se le sabía tratando con la Junta de Mayo, tratando de levantar en la región una tempestad de aceros. Y aquella carta, dirigida al comandante militar del pago, D. Román Fernández—el injustamente sumergido en el olvido, hombre circunspecto, valiente y buen patriota—no dejaba dudas, pues ordenaba sublevarse en las cuchillas, fuese con un hombre, fuese con mil. La carta pasaba de mano en mano, sin temor de traiciones, y cada paisano que la oía leer ó la leía quedaba conquistado para la causa. Hartos estaban de gobierno español. Ni olvidaban la campaña de los criollos del pago de Mercedes contra los indios charrúas, invencibles para el español en siglos de lucha; ni cómo ellos, trepando en sus potros, tras un galopar de dos días y dos noches habían vencido á la tribu, pecho á pecho, y degollado á sus caciques entre los pastos. Esto los erguía y lo de haber peleado contra el inglés, mientras todo un virrey de las Españas huía. Menospreciaban al español y escupían cada vez que se encontraban con uno de sus titulados señores. Las cosas se hicieron según indicaba la carta. La guerra costó poco á los gauchos.

A mucho perder, perderían 1000 hombres en 3 años de guerra, bastando tres combates serios—dos en tierra y el otro en el mar del Buceo—para dar buena cuenta de la dominación.

* * *

Los argentinos costearon en gran parte la campaña de la Banda Oriental. José Artigas, viejo blandengue, cuyos años viriles corrieron en los campos salvajes, no amaba la civilización de las comodidades, vale decir de las ciudades, inclinadas al orden, aunque fuese un rey quien mandara.

Nacido «el Oriente»—como llamaban á esta tierra sus hijos—dos siglos más tarde que el país argentino, carecía de una clase social de alta cultura, de bienes y de propio poder. Sin fortuna, sin aristocracia, el país de los gauchos repudiaba toda intención monárquica. Era un estado anárquico lo que por ley natural debía surgir entre esa gente sin tradiciones de gobierno y que aun no hacía un siglo estaba asentada sobre el país.—¿Gobierno? Los cañones de las plazas fuertes de Montevideo, Maldonado y la Colonia. Más allá del tiro de cañón, toda autoridad, á no ser la del coraje, irrisoria. Tomados los cañones, ya no había tutela. Este era, más ó menos, el confuso presentimiento de aquel pueblo. Varias generaciones vivieron y murieron de Garay á Zabala, padres de las dos metrópolis platenses, y en tanto la Pampa de Buenos Aires era hollada por jinetes pacíficos en 1600, en 1800 apenas se veía otra cosa que bosques silvestres, ganados sin dueño y bandas de perros cimarrones en las campiñas de «el Oriente». Artigas simbolizaba, pues,—sin ser inculto— el héroe de poncho, igual que el héroe de Salta ó Entre Ríos en su misma época. Y sin embargo, titulándose «Protector de los pueblos libres», plantea el problema formidable del futuro, él antes que nadie, intentando imponer ásperamente su solución y su hegemonía local á las clases ilustradas de Buenos Aires, oscilantes entre la democracia y el reino. Gobierno democrático, representativo, federal; libertad de cultos; amplia difusión del saber, eso pide el displicente jefe de lanzas. Los otros caudillos de provincia, suerte de reyes bárbaros, adhieren á los planes de este enorme caudillo y dan al virreinato antiguo el aspecto del Caos. ¿No debería llamárseles, antes que bárbaros, históricos señores feu-

dales de las Indias Nuevas? Maldecirlos ¿no es maldecir también las leyes de la evolución humana?

* * *

No guerreó solamente contra el directorio el jefe oriental. Peleó asimismo contra los portugueses, conquistadores de su tierra. Ellos echaron al quemadero miles de veteranos. En un lustro de guerra la comarca perdió el 50 o/o de su población viril. Se riñeron centenares de acciones. Con razón, en cada surco de la tierra oriental socavado por las lluvias, se ve aun el plomo de sus peleas. Derrotado su postrer girón de batallas, pasó el Protector á los campos de Entre Ríos, á exigir obediencia á uno de sus aliados, que acababa de imponer á la metrópoli el federalismo por la victoria. Pelearon. Vencido el viejo Protector, se refugió en el Paraguay, donde se entraba para no salir, y en esta China americana vió acercarse las grandes sombras del olvido y de la muerte.

* * *

Heredó el Brasil á Portugal en sus dominios americanos. 33 orientales, acaudillados por Lavalleja, héroe de la vieja guerra, iniciaron la nueva contra el Imperio. F. Rivera, engañosamente adicto al conquistador desde que su país fué enteramente subyugado, se pasó á los suyos, dando con ello seriedad á la revuelta. Un congreso proclamó en las cuchillas la independencia local y la anexión del país á los argentinos, quienes, agitados por los federales, bando de un nacionalismo furioso, acabaron por ser parte en la contienda. La flota imperial bloqueó en el acto á Buenos Aires que halló medio de formar marina. Esta marina, bisoña y audaz, supo cubrirse de gloria en el estuario, en los ríos y en el mar brasileño. En los campos de Ituzaingó, una sola batalla, precedida y seguida de combates, resolvió el arduo pleito. La terquedad y soberbia del emperador prolongaron un tiempo la paz belicosa que siguió á la rota de sus armas. Los intereses mercantiles y usurarios de la Gran Bretaña, el cansancio de los

beligerantes, la conquista de las Misiones por Rivera, y, finalmente, la indisplina de la gente oriental, convirtieron la tácita tregua en paz definitiva y el debate sobre posesión en declaratoria de independencia de una nueva república.

* * *

Ni Portugal ni el Brasil pudieron hacer algo en provecho de la comarca, mientras la dominaron. De ellos no quedó influencia alguna, y apenas si al idioma incorporóse el nombre de una moneda de cobre. Dominio todo militar. Las hijas del país no se casaban ni con portugueses ni con brasileños, llevando su fidelidad patriótica hasta el sepulcro por un novio muerto en la guerra.

Los dominadores importaron una causa de degeneración: la caña. Muchos gauchos se volvieron dipsómanos, haciéndose con esto más sanguinarios.

* * *

Dióse la república una Constitución calculada para los ricos y el clero. Tal carta, madre de dictaduras y madrina de demagogías, fué jurada por el pueblo ignorante de su contenido. ¿Qué podía saber el pueblo de esta clase de códigos sino sabía leer y sus propios constituyentes carecían de luces, debido al atraso colectivo y á cuatro lustros de pelea?

La nación de los acantilados y las ondas atlánticas, que parecía por su ubicación hecha á soñar el imperio marítimo, continuó siendo arena de gauchos batalladores.

¿Qué de extraño, si aun hoy, con caballos sin enfrenar, riñen los gauchos sus combates ecuestres?

* * *

Casualidad fué que la vida autónoma no se iniciase con arroyos de sangre. Los bandos movilizaron sus fuerzas y sólo las contuvo el temor á la prevista intervención de los vecinos.

De los dos caudillos, el menos liberal asumió el mando provisorio.

La primer presidencia efectiva se la llevó Rivera, hombre en su exterior grave como un templo, y en su interior festivo, amante del placer, enamorado de la Acción. Tal solían ser también los gauchos, fugitiva sombra sangrienta, no sin claridades tempestuosas. Lloraban en sus guitarras desdenes; pero cuando se presentaba el peligro lo acuchillaban, hombre ó perro hidrófobo.

Rivera gobernó «sin cobrar ni pagar á nadie». No miraba el dinero. Todo lo daba: ageno ó propio.

Su émulo Lavalleja, aliándose á Oribe, tentó derrocarlo, pero tracionando por su torvo compañero, hubo de salvar ríos á nado y confiar su vida á la protección de los montes. De su falta de lealtad le vino á Oribe la segunda presidencia que perdió guerreando contra su antecesor. Rivera, nuevamente en el mando, alióse á la Francia que exigía á Rozas el cumplimiento de sencillos deberes internacionales—y viendo su tierra invadida, no sólo humilló con un torbellino de lanzas las armas del dictador terrible, pero invadió á su vez á Entre Ríos y presentó batalla á fuerzas muy superiores y aguerridas de la Confederación, mandadas por Oribe, servidor de Rozas. Quedó deshecho, y su rival no paró hasta el Cerrito de Montevideo, desde donde, titulándose «presidente legal», reclamara sus tres meses de presidencia perdidos años atrás en un mar de sangre. Con escaso arrojo tomara la plaza defendida por cortos centenares de negros. Mas, desperdiciada la ocasión, sus 20.000 soldados—incluídos los de Urquiza—el mayor ejército que hasta entonces se viera en la América del Sud—se habituaron á vivir frente á la plaza visitada por el fantasma del hambre y á diario retemplado por héroes y á poco defendida por legiones de residentes italianos, argentinos, franceses. ¿Héroes? Ciertamente. Allí alientan José María Paz; Melchor Pacheco, el Bolivar local, Chimborazo de entusiasmos, Ares desde el ministerio de la guerra; Thiebaud con sus intrépidos franceses; y con sus italianos de ardiente corazón, el mayor de los corazones itálicos, como si toda su camiseta roja fuese toda ella un corazón. ¿Y aquel teniente, grave y alto, que murmuran comparte sus horas entre una batería y las Musas familiares?

Grande será su surco en la tierra argentina. Será legislador y general y presidente, y traducirá á Horacio. En verdad, esta lucha de Montevideo, es el combate de la poesía y la prosa. Melchor Pacheco, Mitre, Garibaldi, Francisco Acuña, versifican. Talvez el mismo Thiebaud busca una rima mientras los asados chorrean grasa en el campo contrario y el chimango avizor traza sus curvas sobre la hoguera federal.

Fuerza será, no obstante, advertir que la prolongación del asedio, antes que á motivos bélicos fué debida á causas no bélicas. Tales: que los sitiadores monopolizaban la venta del ganado de siete mil leguas de campiñas; que el clima y el país los ataban.

Eran la horda y con la horda, el saqueo. Sangrientos guerreros, fatigados por combates y travesías por desiertos de pajonales y espinoso cardo, experimentaban en aquellas horas el amoroso yugo de la comarca: la bahía azul; floreal y fructidor; la caricia del mar; la música de las brisas; el rielado de las brillantes ondas; el sol en las armas; las polvaredas en los caminos.

Hombres de la selva, la llanura ó la montaña, bien se hallaban en la región de las colinas, sobre un montículo, con la rapiña y la abundancia. Mitad bandidos, mitad poetas, gustaban del ondulante trebolar, del silbo del errante tordo fantaseador. La vida bella en la Naturaleza bella, cuando era sabor americano todavía el de la tierra americana.

Muchos Aquiles tenía Oribe. Ningún Néstor y menos algún prudente Ulises. No se parecía al reyecito del cerro de Troya, pues se resignaba con su «presidencia legal» en las laderas del Cerrito. Jamás mordiérase los puños, seco buitre zahereño, frente al centelleo de los astros. Montevideo triunfó de la prueba y el día que puso fin á sus guerrillas, con un generoso «no hay vencidos ni vencedores», juntando sus armas á las de Urquiza, marchó á derribar el Idolo rojo de los que no concibían la humanidad fuera de si mismos.

VICTOR ARREGUINE.

PÁGINA VIEJA

Mossen Diego de Valera, cauallero prudente e ardido, que con grand auctoridat de reiptos e desafios escriuio, alumbrado de claro entendimiento fue.

En cibdat de Cuenca fue nascido. Non ouo nin solar de linnaxe nin noblerias de açeitunies, mas ante en grand pobredat beuio sus primos annos, ca non auia por toda fazienda que vn arnese e vn cauallo coxo.

Mas como Don Sem Tob, dixo (engenio dino de laudar es este. Anchos e luengos de generosa dotrina son sus *Proverbios*),

Non vale el açor menos
Por nascer en vil nio.

Mucha letura fizo de tractados e descurrimientos de claros varones que compussieron para ensiemplo de la inara gente. Tal Maestro Aristote, Ibn Jofail e Raymundo de Lullio, que aquestos e muchos mas que non fablo, diuino sesso ouieron.

Conoscio de gaya sciencia o poetrya (que desta guisa de muchos es llamada), magüer nunqua fizo rimado, ca Mossen Diego non era ome de mensurar su deçir por longura de pies e musicales muedos. Mas sauia por coraçon de layes, dezires, deytados e serventesios en romance de Castilla, que es fabla donosa e gentil e sonorosa e rica, e allende desto plaçiente de parlar.

E otrosi era assaz sauidor de distinctas metrificaciones tanto

en lemosyn, tal aquellas de Maestre Alan Charrotier que fizo la *Bella Dama Sanmersi*, e Maestre Johan Lorris que el *Roman de la Rosa* de comun e general alabança compusso por virtuosa manera. E tanto, tal los rimados de Mossen Jordi de Sanct Jordi, en lengua de la catalana comarca de la cual sus fijos son en toda industria sapientes, mas en grand suerte en aquella arte que de pesca se llama, ca toda animalia de agua de dulçor e salobressa fenesce en las sus trainas de encantamiento, molas luminantes, pulpos orrificos de mirar, delfinos de tersa gentilessa e pesce-organos de soave son.

En romance de ytalia aprendio estrannas alegorias por Alighier de Florencia que en terçio rimo subio, *Deo gratias*, a exelsitudes de luçiente blancor e descendio en terçio rimo a los circulos de damnada escuressa.

Fizo mucho viaje Mossen Diego de Valera. Viaje felice e assaz luengo corrio en cortes e reynos de nos alongados, por fazer armas con estrannas lanças de pres e nonbre en la Christiandat e otrosi por aprender dotrinal de cortesia e soltura de trato, ca es juyzio de gente sauidora que tal que mucho viaja mucho se limpia e se depura de los natiuos embastecimientos.

Desta guisa anbulo fasta Bohemia, en la cual corte fue con grand onrra resceuido, e mas luego se partio para Lubeck con cartas comendatorias manadas de su rey e sennor.

Deste Mossen Diego quiero deçir la auentura e quando e como le avino. E lo vos dire en verdat verdadera, limpia e christiana, cual la que en libros de Sanct Agostino es, ca si los escriuidores engannosa e falace cosa dixeren ¿ond yran estrauiados e lacerosos por fallar conhortacion?

Seyendo de camino por comarca estranna que es al Mediodia de la Françia, avino, por se reposar, a vn cruçero de escura selva ladera .

E como quier que Mossen Diego non truxere companna nin ome de su allegança ante parescia mercante de pannos que non cauallero.

E en el comedio que reposaua luengamente en sonbra, ca era mucho postrado, allego del la *Fado Esterello*, fada aquesta de grand fermosura e encantamiento que desama los trigales e toda tierra fecunda e florescida.

Por fabula venida de Prouença que a modo de anciano vino corre en todo ayuntamiento de gente serrana, sauemos nos, los beuientes de Espanna, cuan nucidora e catiua aquesta fada es a todo mancebo que namora. Ome nunqua vio que follia de amor manada de bruxa truxesse salut e plazer del amador.

E seyendo Mossen Diego dormido, en anima la deuiso venir e crussar las lusseras que texian en el coraçon de la selva enzinas e milgranos.

Auia la dama de encantamiento manto de muy grand valer, fecho de spuma de flumen e lus matutina. El pie pequenno e brioso, orro e quito de borçeguies, follaba a la locuela los florescidos ramos de retama que broslaban el camino de randas de oro. Buen golpe de orioles e filomenas la reqüestaua, engannados de su cauelladura, que auiendo el cauello de aurea color clara, bien fazia infinta de primeriza mies.

En los ojos auia lumen de stella e rosa de lumen era el sonrrisso. Abrazaua su cuello collar de deesa, fecho en tierras de moros por arte de cauala, con fuego del dragon bermeio que fizo matar Merlin.

E seyendo, como vos ya lo dixe, Mossen Diego dormido e la fada despierta, desta guisa fablaron,

— O, del cauallero, bienvenido seays a mi reyno e falledes en el parayso.

—Apresa de ensuenno es mi carne mas la mi anima viua vos mira luengamente e troua tanto sauor, Sulamita de toda fermosura enriquecida, que non trocara su goso de agora por la eternal salut ermanada a los omes alados que en el Olympo asentaron como Dioses.

— Catad, dormiente, que dezis blasfemia, e como perro xudio renegado aueys del reyno de Dios.

E aquesto dezia la fada por mejor le auer, ca ella non solia fablar limpia e derechamente del Sennor Dios ques sobre toda cosa creada e non creada.

E agora disse el cauallero,

— Reyna e sennora mia, mas vos miro e tanto mas vos goso. Por creer so, que Iguerna, la simpar de Bretanna, es venida a mi. Magüer sean turbadas las mares, e mouida la tierra e descendidos ayuso todos los guerreadores de las diuinas armadas,

çon sus açeros pluviantes de lumbre e mortandat, non ternia pauor tanta, quanta agora me prende el sesso de vos perder. Por vos fazer mia en todo trançe de vida e por todo juego de lecho, reyna e serrana dina de todo omenage, contra Dios e contra derecho yre. E seredes mas onrrada e mas llena de donas que la Virgen Maria.

E disse la fada agora,

— Non so reyna nin serrana, e sauer aueys que la *Fado Esterello* en aquesta comarca so llamada. Non es creada virtut saluadora del cuytado que de mi se namora. Por mi peresce mas ayna que lugaro so ferida de bordon de vaquero e tan esquiua e cruel me guardo, que mi amador furta mi boca e non la muerte. En sannudo bosque de abysmos sembrado e de fieras poblado, es mi palacio. Trauaxos e vixilias e padesceres de toda suerte de sofrir se an por se allegar del. Mas aquel que entrar podiere, por obra de varon ardido, aura sauor de mieles de nul ome gustadas, e soruera de leches nunqua soruidas e aura por se reposar lecho de velludos e cabeçera de lirios, e sobre toda cosa terna infinible goso de mi carne e mi fabla que faze infinta de troçar corales e rubines en bandexa de plata. Si a mi vos allegades, aprender vos quiero la significança de grand copia de conxuros que tornan las rochas en fontanas e tornan en palomas las fieras animalias al egual modo de aquel bruxo que Orfeo es llamado.

E como quier que la fada tornasse a commençar de fablar, desperto el cauallero. E ouo de fuir la catiua, reqüestada de un enxambre de ruysennores .

Otrosi quiero deçir, ca la fabula non es finida, que el cauallero ouo aquesta vegada sesso de philosopho e non corrio nin de cuerpo nin de anima empos de engannosa tentacion de bruxa.

E porque no fizo pecado, magüer dixo blasfemia, Mossen Diego de Valera avra eternal parayso.

E avino aquesta auentura que en escriptura dexo, el anno de mil e quatro cientos mas quatro vezes veynte e vno despues, seyendo la luna en quarto menguante, por voluntat venida de Dios, gouernador de los omes e de los astros que le fazen coronna.

ENRIQUE J. BANCHS.

LOS ANCIANOS

(IMPRESIONES RETROSPECTIVAS)

—«Me complazco—decía Diego—en la sociedad de los ancianos. De esos ancianos venerables, tranquilos, meticulosos, probos, de esa manera escrupulosa que procura el renunciamiento definitivo á las exhuberancias ilusionadas de la vida. De esos ancianos que, con suspiros desalentados, vuelven el espíritu hacia el camino recorrido, lamentando que el tiempo, sus fuerzas y el avance de los años no les permitan recorrerlo de nuevo.

(Y no crean ustedes que esa mi predilección haya nacido del grotesco deseo de exteriorizar alguna torpe tendencia á sobresalir como personalidad *interesante*!)

«A los balbucientes matices, lentamente progresivos, de los humanos albores, impregnados tanto tiempo de las incoherentes divagaciones de la infancia, prefiero la magestad augusta de esos crepúsculos que se encaminan lentamente hacia las sombras del sepulcro con su magnífico cortejo de austeridades luminosas que aureolan los rayos de una dignidad tranquila. Y el ambiente que rodea á mis amigos predilectos cobra algo de su fisonomía apacible, familiar, risueña, despojada de ese afiebramiento convencional que abulta las cosas y los seres al azar de los impulsos juveniles, generosos á veces, egoistas otras, fuera de óptica extrictamente proporcionada siempre, por bien intencionados que sean los corazones que los engendran!

«Esos ancianos de mi «círculo» van cambiando impresiones retrospectivas, abordando, con encomiable afán, temas de actualidad palpitante que miden con el metro comparativo de «sus tiempos». Y no es presunción ni pedantismo en ellos la preferencia que otorgan, con visible orgullo, á la época florida en que eran

madrigalistas y cortejantes, en aquellos salones donde el «buen gusto» rivalizaba con el ingenio sutil, de buena ley, centelleante como las facetas de diamantes de aguas claras en que los rayos del sol de Mayo jugueteaban con caprichosos matices...

«Alguno,—el más ensimismado durante los silencios inevitables en que la conversación decae—considera con rencor huraño el avance vertiginoso del Progreso, «ese monstruo versatil que roe las fibras del sentimiento hasta aniquilarlas por completo». Y dice—entre otras cosas juiciosas y paradojas insubstanciales—verdades de á puño que nuestras generaciones venideras desecharán con sorna, con esos epítetos burlones que pretenden probar la superioridad del espíritu moderno y la decadencia evidente del antiguo; epítetos que resumen con desdén reflexiones superficiales, inspiradas por el egoísmo feroz que distigue á esos pálidos herederos de una raza abolida en su crecimento por la invasión torrentosa del elemento corruptor cosmopolita...

«Yo, escucho esas requisitorias, esas catilinarias, esas diatribas condenatorias de innovaciones mórbidas que riñen con la hidalguía nativa y el buen sentido; «modernismos» que las convenciones sociales imponen sin prévio examen porque son el disfráz que mejor oculta las vilezas del siglo presente. Mis propios recuerdos, mis propias impresiones retrospectivas concuerdan estrechamente con esas opiniones desconsoladas cuyo absolutismo atestigua la entera buena fe de quienes las proclaman, y no puedo menos que complacerme,—por eso mismo,—en la sociedad de los ancianos...»

Diego no es uno de tantos *poseurs* de esta época enfermiza y enervada, que pica la tarántula del exhibicionismo *à outrance*. El mismo lo ha proclamado, y quien comenta con imparcialidad principista sus palabras puede afirmarlo, por haber observado, con interés sostenido, las mutaciones de su carácter, los estados de ánimo variadísimos que el influjo de indescartables circunstancias le imponen, sin que abandone un solo instante el terreno de la franqueza pura en la exposición de sus mayores preferencias.

Sobre los espíritus esclarecidos que viven de una vida idealista y refleja, el pasado y sus impresiones ejercen á veces una seduc-

ción inefable que, si bien atenúa en algo la influencia de un excepticismo invasor, provoca una desmesurada visión de lo presente y una deformación más aun exagerada en las previsoras meditaciones sobre lo futuro. La corrupción de las costumbres, que marca una época en la lenta evolución de los pueblos hacia un perfeccionamiento aleatorio, aparéceseles como el signo de una decadencia ya inmediata é irremediable. Su sentimentalismo exacerbado incítalos á sufrir moralmente con proporciones imponderables; se agrían; ven, en cada hombre que los rodea, un enemigo encarnizado, tanto más temible que su gesto es atrayente y su sonrisa amable. Se sienten desamparados cuando las opiniones que emiten no encuentran resonancia simpática en sus propios contemporáneos; y se refugian, huraños y desganados, en los cénaculos de ancianos que buscan sus últimas energías, para concluir su ya inútil existencia, en la evocación de sus impresiones de otrora, marcadas con el indeleble sello de una perfección irrevocable.

Son escasos, sí, esos «jóvenes ancianos» que persiguen el anonadamiento de sus tristezas en el culto de «lo que ha sido y no volverá á ser». Esos descreídos que anhelarían cruzar la vida, de la cuna al sepulcro, con la despreocupación risueña de la infancia, sin mancharse en el lodo del camino ni rasgar su carne en las espinas del abrupto sendero entre las zarzas.

Pero la comunión de sus espíritus con los de los ancianos ya renunciantes á las exhuberancias ilusionadas de la vida, inspira más simpatía que las empresas egoístas de sus contrarios, faltos de ideales, desalmados, impostores, que sólo buscan en el mundo la satisfacción de sus sentidos á base de engaño mutuo, como si complaciéranse á demoler el edificio de las tradiciones para reinar un día sobre sus ruinas con la ilusoria magestad de déspotas de melodrama...

Comprendo y admiro que Diego se complazca en la melancólica sociedad de los ancianos...

 RAIMUNDO MANIGOT.

EL BUEN VIEJO···

Yo lo he visto... Severos los ojos y profundos,
Grave ceño; la frente con largos surcos llena,
Su guadaña que abarca los infinitos mundos,
Y el implacable chorro de su reloj de arena.

Era una noche acaso para el ensueño propia.
Recuerdos y nostalgias... En la tersa laguna
Seguía de los astros la refulgente copia
Y se ahogaban mis penas persiguiendo á la luna.

Yo lo invoqué: — «Saturno ¿dónde estás? cual estrella
Es esta noche, eterno destructor, tu morada,
De dónde, dí, me envías la primavera bella,
El otoño, el invierno, el sudario y la nada.

Díme adónde tus alas como una inmensa sombra
De dolor y de muerte caerán sobre la tierra,
Dilo, mientras tu nieve mis jardines alfombra,
Y la cuna se abre y el ataud se cierra.

Responde — ¿Porqué tornas mi primavera breve
Y del otoño siento las ráfagas cercanas?,

¿Porqué los prematuros copos de blanca nieve
Dejan en mis cabellos el fulgor de las canas?»

... Y el Dios del implacable ceño, de la severa
Gran mirada que rige nuestro oculto destino,
Apareció en las sombras y por la vez primera
Desviando sus pasos, á responderme vino.

«Oye, tú que te quejas y en la noble poesía
Te escudas. Tú que vienes á buscar en mi imperio,
El único consuelo de la melancolía
Que te ha dado el Otoño con su mortal misterio.

«Tú poeta que sueñas sin cesar, de tal suerte
Que es tu vida de altivas ilusiones cadena,
Tú poeta que sueñas y que temes la muerte
¿Tiene la muerte acaso más rigor que tu pena?

La Muerte es una hermana del Amor y la Vida.
Ella arranca las almas caducas, las lijeras
Almas de aquellas flores cuya esencia es perdida,
Para que sean puras las nuevas primaveras!

La lleva sabiamente mi infatigable diestra
¡Cómo corta los hilos del vivir la guadaña!
Y no sabéis vosotros que la Parca siniestra
Tiene un gérmen fecundo de la vida en su entraña.

Lo que se va, lo que huye, lo que al mundo reacio
Desparece en el curso sereno de las horas,
Cáe como el sol, que lleva su radiante topacio,
De ocasos infinitos á infinitas auroras.

No temas pues la Parca de mano flaca y pálida,
Ni al invierno que ahoga la canción y el arrullo,
En cada flor que cáe marchita hay un capullo
Y en cada mariposa que muere una crisálida»...

Y no habló más Saturno. El implacable viejo
Recobró la lijera marcha, y en su camino
El mismo Dios soplando su arrugado entrecejo
Le ordenó deshilara todo nuestro destino.

Yo lo he visto... Los ojos severos y profundos,
Grave ceño; la frente con largos surcos llena,
Su mirada que abarca los infinitos mundos
Y su reloj de arena.

SALVADOR ORIA.

LETRAS FRANCESAS

Edmond Lepelletier: Paul Verlaine

Cuando Jules Huret preparaba aquella edificante encuesta sobre la moderna evolución literaria, M. Stéphane Mallarmé recordó al «pauvre Lelian» con estas palabras: «el magnífico Verlaine cuya actitud como hombre es para mi tan bella por cierto que su actitud como escritor, por que es la única posible en épocas en que el poeta está fuera de la ley: la de hacer aceptar todos los dolores con semejante altura y con una tan soberbia cránerie». M. Edmond Lepelletier, el «más viejo», y no el más intimo amigo de Verlaine, no piensa como el autor de «L'Apres-midi d'un faune»; y el propósito de rectificar una leyenda excesiva llévalo, en este volumen que comentamos, á extremos de regir aquella vida, «cuyo plan estaba trazado línea á línea por la lógica de una influencia maligna», según los canones de los más sencillos destinos. Y Ruben Darío nos ha elogiado en un artículo reciente este libro de Lepelletier á quien no puede á menos, sin embargo, de llamar «buen escritor».

Que Rubén Darío me perdone, pero no llego á compartir su entusiasmo. No me duele el saber que Verlaine era hombre de ideales burgueses, ni me desilusiono comprobando que el asunto Rimbaud está lejos de ser lo que la perspicacia de mesa redonda suponía. Jamás hice literatura de «soucoupe», con gran detrimento de mi prestigio intelectual, y mi gusto literario siente por la «bonne pourriture» el mismo asco invencible que mi ineducado pa-

ladar criollo por las aves «faisandées». Al contrario, pienso que hay muchas vidas raras cuyas reputaciones deben reverse, siendo que, casi siempre, este panegírico y aquel denuesto no tienen otro orígen que el inmediato arrobamiento de camaradas ó la invariable difamación de la última querida. Enhorabuena, pués, toda rehabilitación. Mas para aventar «el maligno lodo legendario» no había porque convertir al Fauno triste en un ente sin voluntad ni discernimiento, capaz de ser maleado, como cualquier candidato á sanatorio, por las sujestiones enfermizas de ese lírico gavroche de Rimbaud. De atenernos á las conclusiones de Lepelletier, desde el arribo de Arthur Rimbaud á París hasta aquel lamentable proceso de Bruselas, la personalidad de Verlaine desaparece. Rimbaud no solo es el pretexto para todos los vicios, sinó también la causa única de todas las desgracias. Por Rimbaud se agrava su inclinación de alcoholista, por Rimbaud abandona su hogar, á su esposa, á su hijo; por Rimbaud emprende aquella gira ambulatoria que termina en la prisión belga; por Rimbaud se pasa casi tres años sin componer un verso... Y Lepelletier no advierte que tal afán por cargar con todas las culpas al amigo siniestro, resulta al cabo contraproducente para Verlaine. Esa influencia decisiva no solo supone un amorfismo patológico en quien la siguiera sin rebelarse, sinó que puede sugerir precisamente la sospecha que quiere destruir. Para que un hombre de esa estirpe olvidase lo que tenía de más sagrado sobre la tierra y de más luminoso en su destino, por una amistad ambigua, debió existir algo más que un programa de bohemia. No hay que olvidar que el pistoletazo de Bruselas reconoce por único motivo el propósito inquebrantable de Rimbaud de abandonar á Verlaine. Lo inhábil de la defensa salta, pués, á la vista, sobretodo cuando Lepelletier se encarga de darle eficacia con la valentía de las líneas que siguen, referentes á los alardes del poeta sobre el amor homosexual. «¿S'est-il borné á la théorie, qu'il jugeait amusante, et dont il semblait être tout fier, ou bien a-t-il succombé au désir de la practique? J' affirme l'ignorer. Il ne m'a jamais fais d' aveu formel.» (pág. 27). Convengamos, entonces, en que si debe surgir una convicción salvadora no ha de ser seguramente de las páginas de Lepelletier—ya que tales calumnias no se combaten con documentos imposibles— sinó de la alta digni-

dad que esa alma enferma de paradoja reflejara, no obstante sus caídas, en las plácidas ó fervorosas de «La Bonne Chanson» y de «Sagesse».

Arthur Rimbaud, que, á pesar del soneto á las vocales, de su veleidad colonial y de su estatua en Charleville, fué un perfecto degenerado — alcoholista ambulatorio, glotón, irascible, cruel y cobarde—Arthur Rimbaud tuvo á no dudarlo una influencia nefasta; pero personificar en él el destino del poeta—«le grand artisan des malheurs du poéte»—es hacerle un honor excesivo. En la importancia capital que le acuerda Lepelletier yo adivino un *poco* de habilidad literaria y bastantes celos restropectivos. Las quinientas cincuenta y tres páginas que forman el volúmen, no contienen una sola dedicada al estudio psicológico de aquel raro espíritu, es decir : al exámen de sus facultades é inclinaciones á fin de desentrañar el impulso primordial, el «primum mobile», que como una voluntad extraña al yo actuante preside las cosas humanas. Y no llegando á descifrar el misterio de esa vida — percance que también sufren los viejos amigos—Lepelletier se limita tan solo á reseñar los hechos determinantes. Así, resúltale muy cómoda la amistad de Rimbaud para explicar sucedidos que trasponen la órbita de su lógica. Tan patente resalta el arbitrio en su exclusividad causal que, de no haber existido aquel, acaso este libro se disminuyera á un simple compendio epistolar aumentado con anécdotas del colegio y con una que otra rectificación biográfica á las «Confessions», como aquella del domicilio de los Verlaine en Paris, que no estaba en la calle Saint-Louis N°. 10, sinó N° 2. Y cuando el sistema de referirlo todo á influencias externas, á la fatalidad circundante y no á la fatalidad interior, le falla por el lado de Rimbaud, encuentra el expediente en la acritud de caracter de su mujer. Verlaine hundióse cada vez más en el alcoholismo porque aquella no tenía la paciencia y suavidad necesarias cuando llegaba ébrio, á deshoras de la noche, el alma ausente, trasudando la innoble francachela del cabaret! Falta de paciencia y de dulzura muy disculpable, por cierto, á no ser que, en gaje de tranquilidad doméstica, le deseara á su amigo mejor que esa altivez de compañera, la lloricona mansedumbre de una «pot-au-feu». Luego, Lepelletier, no solo fué el más viejo amigo de Verlaine, sinó también el más sensato. Antes de la llegada de

Rimbaud, tentó cien veces de arrancarlo del vagabundeaje por los cabarets del Quartier Latin, tratando de llevárselo á Bougival, donde le tenía preparada una habitación con vistas á la campiña y al río, y una mesa de trabajo con sus diccionarios alineados en buen orden. Es natural, pues, que sienta por Rimbaud ese rencor excesivo que tienen los padres para los compañeros del hijo calavera, quienes deben ser, irremisiblemente, los eternos incitadores y los únicos responsables de las mil andanzas en que entra el otro por cuenta propia.

Sin apartarse del sistema, nos explica de igual manera la vuelta de Verlaine al cristianismo y hasta la génesis de sus libros. La prisión de Bruselas, con las clásicas meditaciones sobre la finalidad humana, sería la causa eficiente. Desde ese punto de vista concíbese la desconfianza que insinua Lepelletier respecto á la sinceridad del arrepentimiento. Una contricción que, después de *Sagesse*, inspira los devaneos de *Parallélement*, de *Chansons pour elle* y de *Odes en son honneur*, puede ser, en verdad, una peregrina fumistería. Pero semejante arrepentimiento que fuera sospechoso tratándose de un filósofo, admítese facilmente en un poeta, cuya sinceridad, exclusivamente emocional, tiene la duración de un momento. Sólo así se concibe que Verlaine, que no carecía de sentido moral, pudiese cantar hoy:

L' Innocence m'entoure, et toi
Simplicité.
Mon coeur, par Jésus visité,
Manque de toi?

y mañana ver á su querida

Heureuse de savoir ma lévre
Ma main, mon tout, impénitents
De ces péchés qu'un fol s'en sèvre!

El origen del arrepentimiento que nos legó *Sagesse* y *Parallélement*, así como la línea central de esa vida, lo encontrará el lector en las admirables páginas de «Le Lys Rouge». Anatole France nos relata allí la vida de Choulette, un poeta que como

Verlaine tuvo un destino azaroso y paradojal, y al que, según mi entender, ha pintado un tanto extravagante acaso para que no resulte enteramente un retrato. Choulette, á cierta altura de su vida, que fué depravada é ingenua, decídese un día á reformar la tercera orden franciscana : «L'idée de cette œuvre, madame, lui est venue d'une façon mervellleuse, un jour qu'il allait visiter Marie dans la rue oú elle demeure derriére l'Hôtel Dieu, une rue toujours humide, aux maisons penchantes. Vous savez que Marie est la sainte et la martyre qui expie les péchés du peuple (María era una pobre pecadora de suburbio que Choulette encontró cierta noche en una cantina, y á quien amó por su humildad). Il tira le pied de biche graissé par deux siécles de visiteurs. Soit que la martyre se trouvât chez le marchand de vin oú elle était familiére, soit qu'elle fût occupée dans sa chambre, elle n'ouvrit pas. Choulette sonna longtemps, et si fort que le pied de biche avec le cordon lui resta dans la main. Habile á concevoir les symboles et á pénétrer le sens caché des choses, il comprit tout de suite que ce cordon ne s'était pas détaché sans la permission des puissances spirituelles. Il le medita. Le chanvre était couvert d'une crasse noire et gluante. Il s'en fit une ceinture et connut qu'il était choisi pour ramener á la pureté premiére le tiers ordre de Saint-François. Il renonça á la beauté des femmes, aux délices de la poésie, aux éclats de la gloire, et il étudia la vie et la doctrine du bienheureux. Cependant il a vendu á son éditeur un livre intitulé *Les Blandices*, qui renferme, dit-il, la description de toutes les sortes d'amours. Il se flatte de s'y être montré criminel avec quelque élégance. Mais loin de contrarier ses entreprises mystiques, ce livre les favorise en ce sens que, corrigé par un ouvrage ultérieur, il deviendra trés honnête et exemplaire, et parce que d'or, il dit même «des ors», qu'il a reçus en paiement, et qu'on ne lui aurait pas donnés d'un écrit plus chaste, lui serviront á faire un pélerinage á Assise».

Otra vez le objetan :

—«Vous avez la foi, monsieur Choulette. A quoi vous sert-elle si ce n'est à faire de beaux vers?

— «A pécher, madame.

—«Oh! nous péchons bien sans cela».

Y he aquí como este sencillo diálogo nos enseña de manera incontrovertible la enorme diferencia que hay entre el pecado de un poeta y el de quien no lo es. Como Choulette, Verlaine, «no fué muy distinto de los santos cuyas vidas extraordinarias leemos. Es sincero como ellos, de una delicadeza exquisita de sentimientos y de una violencia de alma terrible. Si choca por muchos de sus actos, es que es más débil, menos sostenido, ó quizás, solamente observado de más cerca. Después hay malos santos como hay ángeles malos: Choulette es un mal santo, he haí todo. Pero sus poemas son verdaderos poemas espirituales y mucho más hermosos que cuanto hicieron en ese género, en el siglo XVII, los obispos de la corte y los poetas del teatro».

Ah! los poemas de Verlaine, son toda su vida, toda su vida de *homo duplex* como el mismo lo insinuara en aquella autobiografía de «Les hommes d'aujourd'hui». Exquisitos hasta el refinamiento y sencillos hasta lo popular; ingenuos y sutiles, bruscos, con vocablos de argot, y delicados, suaves, dulces hasta transmutarse en música; y en todos ellos, tanto en los de erotismo finisecular como en los de fervientes contricciones, un fondo de languidez elegíaca que les da una supervivencia de almas. Poemas que se han calificado de simbólicos, de obscuros, de decadentes — Dios sabe cuantas enormidades se han dicho — y que no son sinó instintivos y no tienen de recóndito sinó su inmensa sujestión de misterio. «Cuando soy desgraciado — decíale á Huret — escribo versos tristes, he ahí todo, sin otra regla que el instinto....» Es así como ha volcado su pobre y luminosa alma en sus estrofas, al azar de ese dualismo que lo hiciera futil y grave, ingenuo y perverso, sincero y fumista, creyente é impio, «feroz y dulce» — como dijo Hugo —, bajo ese inexorable designio *anterior*, que tiene algo de la fatalidad litúrgica del anathema, que se genera en nuestras conciencias como un móvil sin motivo — «un motivo no motivado» — y bajo cuyo imperio obramos sin fin visible ó inteligible, precisamente como «por la lógica de una influencia maligna». Fué así que en medio de sus arrepentimientos y buenos propósitos, el demonio de la carne le musitaba lubricidades de sátiro. Pero, con todo, no cayó por depravación sinó porque no habiendo alcanzado jamás la experiencia, fué víctima de su eterna ingenuidad. Verlaine fué siem-

pre un niño: «vieil enfant perdu plein de vices sincéres et d'innocence.» ¿Quién no ha sentido en los entusiasmos de la adolescencia impulsos de redentor? Verlaine los tuvo siempre; por eso iba hacia las pecadoras más lamentables y en sus «collages», había mucho de caridad. Buscábalas porque no eran soberbias, y su candor las veía purificarse en el sufrimiento, como en una llama. Llamábalas sus hermanas en la humildad, la virtud más agradable al cielo, y amábalas porque se envilecían sin malicia y sin placer. Decíales cosas dulces, juntaba su pena á las de ellas para anegarlas en el fondo del mismo vaso, y les componía versos sencillos para que los comprendieran. Por eso, más que á François Villon, que fué un bergante desprovisto de todo sentimiento, yo lo comparo con Mathurin Regnier, poeta moralista del siglo XVI quien pespués de una vida libertina entró de canónigo en Nôtre-Dame de Chartres. Como él dilapidó en perenne inconsciencia su vida y su talento, como él escribió versos edificantes en medio de borracheras y tras mujeres fáciles, como él vivió y murió pobre; y en las dos tumbas podría escribirse estos mismos versos de Regnier:

J'ai vécu sans nul pensement
Me laissant aller doucement
A la bonne loi naturelle....

ATILIO M. CHIAPPORI.

LETRAS ESPAÑOLAS

UN POEMA EN CANTARES

(«CARMEN» POR FRANCISCO VILLAESPESA)

Es un nuevo volúmen de Francisco Villaespesa, poeta español de los más modernos. Alejado en los libros anteriores de las maneras añejas, se aparta ahora del filoneismo sencillo de *Confidencias*, *La copa del rey de Thulé*, de sus dulces *Rapsodias* y construye un poema en cantares. Es una larga queja contra los desvíos de la Ingrata. Coplas en pauta de requiebros ardientes elojian la belleza de aquella invisible Dulcinea que tortura al cantor. Este es simple é ingenuo y no le veremos lira ni arpa ni oiremos de su boca una frase sospechable de literatura. El breve tomo, titulado *Carmen*, no respira ambiente de academia. Un rasgueo de guitarras dice monótonamente el dolor de su alma entristecida de ausencia y martirizada por frecuentes desaires. Pero la esquiva es amada por el trovador. Y siempre, aunque sus pupilas incomparables agujereen el corazón y enluten su vida, la amará sobre todas las cosas. Y exclama:

Mira si será bonita
Que cuando va por las calles
Se para la gente y dice:
Mirad la Vírgen del Carmen.

Ese libro, imitación de las coplas anónimas, cuyas exageraciones de figura y de ditirambos contiene, muestra mejor que otras obras, las condiciones más fundamentales del autor. Es esencialmente poeta. Sus trabajos están desprovistos de ornamentos literarios y se reducen con exclusividad á la poesía interior de las cosas. En su forma áspera á veces, descuidada á menudo, encierra un espíritu fino y suave. Esas coplas reflejan en su desorganizado conjunto, las características todas de los cantares andaluces, cuyo fondo es un contínuo arrebato de amor, que pasa del lamento á la amenaza, de la luna ofrecida en un plato dorado á la navaja, parecida en su filo cortante al mirar de la engreida enemiga:

Te quiero con alma y vida
Y es tanta mi voluntad
Que lloro porque no puedo,
Morena quererte más!

Eso en la tercer cuarteta. En la quinta, añade:

Permita Dios, si en la ausencia
Te olvidas de mi querer,
Que en la orilla de una fuente
Te caigas muerta de sed!

Y continúa sufriendo las visicitudes de un amor sin fortuna, que se desarrolla en la soledad de su desamparo. La vida exterior no aparece—circunstancia curiosa—siendo Villaespesa en casi todas sus poesías publicadas hasta ahora paisajista y costumbrista.

Carmen se diferencia en esto. Es un poema de alma adentro. Hileras de visiones amorosas desfilan en su angustia poética, madrigalizada en interjecciones de furia y ternuras de miel. Su heroina debe ser una llameante manola, encendida en el sol morisco de aquella tierra, por cuyos senderos y caminos, los transeuntes desmenuzan sus corazones en homenaje á la inconstante y la cubren con un cielo de lágrimas.

Debe ser de estas la *Carmen* de Villaespesa, á quien alaba en medio del tormento que le aflije. Sabe que la cabellera negrísima se desluce sobre su blanca espalda como un manto fúnebre y en-

tonces supera en belleza á la Vírgen de los Dolores, cubierta con su terciopelo magnífico. Y el poeta nada puede como nada podía el caballero Des Grieux con Manón, ligera como un pájaro y como un pájaro inocente de sus revoloteos.

De la agrupación de estrofas surge el vago perfil femenino y creemos oir su voz afinada al compás de los crótalos y nos parece conocer su cuerpo, incomparablemente seductor en el cimbreo de las danzas ruidosas.

Posiblemente canta en algún patio decorado de macetas y los cantares que su trovador le dice agonizando sobre las cuerdas de la guitarra popular, ebria de tristeza y vibrante de vida espiritualizan sus líneas en una muelle languidez, evocadora de lidias é idilio.

Con frecuencia salta en las estrofas un rasgo heineano, que recuerda los romances en que el divino ruiseñor alemán refiere las penurias y sinsabores de fieros hidalgos y paladines que se desviven de amor.

Dice por ejemplo :

Mis cantares son tan tristes
Porque son gotas de llanto
Que en vez de huir por los ojos
Se desbordan por los labios.

Francisco Villaespesa es una de las personalidades literarias más interesantes de la España actual. Es con Machado, Antonio de Zayas y Diez Canedo, uno de los que anuncian en el esfuerzo generoso de su labor devolver á su literatura el brillo de los dias extinguidos é independizar el arte restituyéndole á la virtud del ensueño, que es regenerador sin propósitos y educador sin programas, á la inversa de lo que pensaba Don Gaspar Nuñez de Arce, al atribuir á la poesía funciones docentes y políticas.

Y Francisco Villaespesa será uno de los colaboradores más eficaces de esa reforma.

No es un sugestionado por la evolución decadentista, de la cual ha tomado tan solo la libertad, sin caer en las exageraciones ni adoptar sus pragmáticas. Es un espíritu sencillo y triste, parecido

en su estructura al de Giovanni Páscoli, sin ser erudito en los poemas como éste.

Como el gran poeta italiano, quizá el más grande de la Italia contemporánea, gusta los paisajes labriegos y los temas rústicos. La moza revive con su cántaro y el gañán que va camino de la aldea en el silencio de la tarde estival, recupera en sus escritos el antiguo encanto como agua que vuelve á brotar de una vieja fuente tapada por el musgo.

Es variado en su aparente monotonía y es robusto en la forma liviana y humilde. Sus libros dan la idea de una antología de canciones populares, tan ajeno es á todo artificio y eso prúeba la presencia de un poeta auténtico, depurado de academicismos y decadentismos, atenido á la fuerza misteriosa de lo bello y de lo fuerte, que es amor y dolor, base de todo arte verdarero.

ALBERTO GERCHUNOFF.

LETRAS BRASILEÑAS

«As modernas correntes esthéticas na litteratura brazileira», por Elysio de Carvalho. *(Garnier, editor, Río de Janeiro-París 1907 --284—XII páginas).*

Para aquellos de nuestros intelectuales desconocedores del actual movimiento brasileño (y son los más) la obra recientemente aparecida en Rio de Janeiro, original de Elysio de Carvalho, merece toda la atención destinada á las obras importantes y mucha más de la que generosamente se concede á exotismos falsos, cuando no ridículos, á japonerías grotescas y á superficiales sajonismos.

Como buenos latinos solemos echar en olvido lo que de más cerca nos interesa, para ocuparnos de las cosas más vagas y lejanas. No haría tanto un microbiologista que se sintiera atraído por los estudios astronómicos.

En cuestiones de letras, quizás con mayor intensidad que en otra esfera del vivir contemporáneo, atraídos por la novedad y por el encanto de lo desconocido, lógico es que las multitudes vayan á lo más opuesto de todo lo que constituye su vida habitual. La misma falta de razonamiento, característica de la multitud, hacen que no puedan ver las bellezas suaves de las medias tintas próximas y á su vista, cansada por su lucha *têrre-à-têrre* de la vida diaria, solamente llamen la atención los colores fuertes y

las formas novedosas de los exotismos chocantes. Que eso ocurra entre la multitud está muy puesto en la razón ilógica de la vida; pero, es del todo impropio que lo mismo suceda con los intelectuales, con aquellos cuya razón, cuyo sentimiento los elevan á cien codos sobre la insustancial vulgaridad del señor Todo-el-mundo.

Por esto no será nunca bastante combatido ese mal oculto desdén con que nuestros tan escasos hombres de letras refiérense á la producción artística y literaria del Brasil, olvidando que, tanto por su situación privilegiada, como por el número de sus habitantes debe de tener notables obras cuya existencia, desconocida aquí, puede afirmar la escasa buena voluntad de nuestros intelectuales .

Desconocer el Brasil y conocer en cambio lo ruso y lo japonés, por obra y gracia de la tiránica ley de la importación, es algo absurdo que muy poco dice en favor del espíritu de crítica y de investigación de nuestro medio.

La obra de Elysio de Carvalho es, por esta principalísima razón, muy digna de ser tenida en cuenta y bien merecería que se propagara entre los que en este país dedican su actividad á la tan hermosa cuanto ingrata labor de las letras, porque gracias á ese volúmen de críticas y ayudados por el estado de simpatía que ha dirigido su confección, los lectores que desconozcan la vitalidad literaria brasileña verán abrírseles nuevos horizontes y se regocijarán en el supremo goce intelectual de conocer nuevos talentos, cuya existencia quizás ni presentían.

La obra de Carvalho es utilísima para todos los que, desde lejos y sin otro elemento de prueba, quieran conocer esa literatura brasileña, tan pródiga en talentos, y conocerla especialmente en sus modalidades más recientes, apartándose de los maestros ya consagrados por el tiempo para atenerse con preferencia al estudio de las nuevas generaciones, tan fuertes como las anteriores, aunque, talvez, más originales.

Elysio de Carvalho estudia á Graça Aranha, el genial autor de «Canáan», que en la traducción de Payró fué leído por el público argentino; á José Verissimo, crítico, del tipo de los Sainte-Beuve, hombre de conciencia, cuya arte no se ha convertido jamás en un oficio; á Juan Ribeiro, el filólogo, y á Emilio de

Menezes, el poeta. Después de estos, que perteneciendo á la generación ya impuesta no desdeñan formar parte de los «nuevos», vienen los estudios sobre Juan do Rio, Gustavo Santiago, Goulart d'Andrade, Oscar Lopez, Fabio Luz, Curvello de Mendonça, Pereira da Libra y Pedro do Coutto, poetas, novelistas, críticos ,además de una serie de estudios sobre temas de crítica elevada y noble como sabe escribirla Elysio de Carvalho, quien puede presentar á la consideración de los sud-americanos, como una digna respuesta á la ignorancia que de los brasileros se tiene entre nosotros, uno de los más hermosos estudios críticos que sobre Rubén Darío y su obra se han escrito.

Mucho sería de desear que el libro de Carvalho se leyera entre nuestros intelectuales, realizando la verdadera y la más digna obra de confraternización americana.

JUAN MAS Y PI.

LETRAS ARGENTINAS

«Las Barcas» POR ENRIQUE J. BANCHS.

He de necesitar de la mayor serenidad para abordar el análisis de este libro, que más me arrastra al ditirambo entusiasta que á la crítica mesurada. Y con todo, ditirámbica será esta crítica, pues otra cosa no es posible frente á un libro como *Las Barcas*, que es al mismo tiempo una revelación y una promesa: la revelación de un talento en flor y la promesa de un gran poeta. (Y conste que no arrojo los epítetos al acaso).

Este libro, obra de un joven que no ha llegado aún á los veinte años, encierra en sí, sin embargo, méritos suficientes para formar la reputación de cualquier escritor.

Condición primera de Banchs es la de ser á la edad en que se comienza invariablemente por imitar, un poeta esencialmente propio, personal. Vana tarea fuera la de quien pretendiese buscar las fuentes de su poesía. Banchs no es de aquéllos susceptibles de ser marcados con una dada etiqueta. Otra característica de su mentalidad es la robustez. Banchs concibe y siente y rima con vigor, pero ello sin menoscabo de una especial delicadeza con que toca todos los temas. Es fino más que sentimental. No hace sentir hondo, pero transporta al lector en un mundo suave, espiritual, de ensueño. Su poesía es más intelectual que afectiva, más de la cabeza que del corazón. Es una poesía complica-

da, sutil: nada concede á la pereza intelectual del lector. Obliga á pensar, á desentrañar la imagen preciosa, conceptuosa, rica de significación. Lástima que la mayoría no ame estas cosas, y descargue sobre el poeta la culpa de su incomprensión del primer momento.

Los temas que aborda son siempre novedosos: variados los metros que emplea, y ricos en sonoridades ó en matices. No es dudoso que un Calandrelli cualquiera (¿á qué citar siempre á Valbuena?) podría hallar en esos versos ancho campo para sus más ó menos hábiles acrobatismos, pero ciertas minucias no han de detener al lector inteligente, si es que advierte que se halla en presencia de un talento superior.

Caídas, versos rudos, algunas expresiones dudosas, sí, tiene; pero son todos defectos que más que á su impotencia débense á su juvenil desdén por el pulimento excesivo. Al contrario asombra verle salvar, al parecer sin esfuerzo, tantas y tantas dificultades. Y ya nótanse en él, además, condiciones de otra clase que las simplemente inherentes á su rica mentalidad: nótanse ya en él condiciones de disciplina mental que mucho prometen para el porvenir, tal por ejemplo un serio dominio del lenguaje y un cierto cuidado en la elección del epíteto, que trata de hacer preciso y sugeridor.

Si á su imaginación desbordante, á su potente inspiración, comparables con las de los más grandes poetas, une, como parece que está en camino de hacerlo, el estudio, un arte refinado, la nitidez en todo, sin concesión alguna al desgano intelectual, Banchs no tardará en ser un poeta completo. Cualidades le sobran para serlo.

He hablado de su delicadeza. El es sin embargo multiforme, y sabe también, cuando quiere, ser enérgico y rudo. No es raro encontrar en *Las Barcas* una composición de ternura exquisita al lado de otra de violento empuje, resonante de ideas grandes y de altos sentimientos. La lira que apostrofa táñela con igual maestría que la que acaricia.

A los labios vienen involuntariamente las comparaciones. Y en verdad no puedo abstenerme de observar,—pese á quien pretenda tacharme de exagerado—que abundan estrofas y aún enteras composiciones en Banchs, que bien pueden sostener el pa-

rangón, alta la frente, con las mejores de nuestros dos más grandes poetas: Almafuerte y Lugones.

Pero dejemos á la opinión que diga su última palabra sobre este nuevo poeta que entra en la liza, por cierto bien armado.

«Gloria al esfuerzo virgen, paso á la barca nueva»

Es probable que ella nos diga que de la generación que surge, Banchs es sin duda el talento más robusto.

«Vendimias Juveniles» POR MANUEL UGARTE.

He aquí otro libro de versos. «Son en realidad los primeros y probablemente los últimos versos que publico»—nos dice su autor. ¿Porqué los últimos? ¿Acaso deja uno nunca de sonreir ó de llorar? «Con ellos mato mi primera juventud...» No, no. En todo poeta hay una primera juventud perenne. Ugarte pasaba sin duda por un instante de desaliento al prologar este libro. ¿Tan pronto? ¡Oh, no, todavía no! Siga el consejo del galante Horacio:

...dunque virunt genua
Et decet, obducta solvatur fronte senectus.

Bellos versos estos de Urgarte, versos ligeros como encajes y tembladores como espuma. Madrigales y rondeles los mejores de ellos. Deliciosos madrigales que se deslizan con la dulzura de aguas de manantial, suaves rondeles, exquisitos y frívolos. Estrofas todas á través de las cuales se vé en plena transparencia el alma del poeta, tierna y amable. Son versos que se leen sin esfuerzo, que no hacen pensar, pero que hacen sentir. Una sonrisa... una lágrima... una aventura galante... una desilusión... luego... nada.

¡Pero qué! Nadie ha de dar con más eficacia la impresión que esos versos dejan en el espíritu, de lo que lo ha hecho el mismo Ugarte en una sola página del prólogo. En ella ha condensado en breves palabras lo esencial que de sus versos puede decirse. Su transcripción constituiría la mejor crítica del libro.

Ugarte no es un poeta complicado. Es sencillo y claro. Su imagen, siempre precisa, aunque envuelta en ligerísima bruma,

sugiere al lector todo un mundo. En esos versos está su autor de cuerpo entero. Son propiamente unas *Vendimias Juveniles*. Son versos de primavera. En ellos no hay un rasgo indelicado, ni una expresión grosera. Todo el libro es elegante, límpido, gracioso.

Ugarte se ha engañado á sí mismo si ha creido que con él cerraba su primera juventud. ¡Bah! En prosa ó en verso—poco importa—ha de seguir como hasta ahora deshojando los pétalos siempre frescos de su alma de soñador y de artista.

«Cuentos extraños» POR JUAN MAS Y PI.

Más que cuentos son unos cortos bocetos á los que da unidad la filosofía que encierran, puesta en boca del personaje obligado de todos ellos, un loco que es un profeta. La filosofía que ese loco predica es áspera y saludable. Predica la ruptura con todo lo pasado y la esperanza en el ideal, la caída de los añejos prejuicios y la creencia en las futuras realizaciones; la nivelación social y el amor universal; el odio á la canalla y la confianza en la humanidad del porvenir; el cultivo de la voluntad, la seguridad en sí mismo y la marcha hacia la vida intensa. Viejas verdades, pero siempre nuevas.

Es un profeta que tiene algo de Zarathustra, pero que también tiene de Cristo. Dice el loco: «Sólo nuestro grandioso deseo de superarnos podrá contrarrestar la maléfica influencia de los seres muertos, cuya dictadura pesa sobre nosotros y nos ciñe el cuerpo y nos empuja hacia atrás. Cortad, cortad, hermanos, todas las ligaduras». Y así también hablaba Zarathustra. Pero el loco igualmente dice: «¿Os agita y subleva la injusticia? ¿el mal ajeno os apiada? ¿sabéis compadecer?... Decidme: ¿Sabéis olvidar la mala acción de vuestros enemigos? ¿sabéis estrechar cordialmente la mano de aquel que os supera y olvidar vuestras obras una vez terminadas? Si no es así ¡guay de vosotros! la maleza, la maleza crece!...» No, así no hablaba Zarathustra.

Estos *Cuentos Extraños* forman pues un pequeño libro lleno de fuertes ideas. Ellos revelan que su autor es un espíritu de vistas personales, que ama agitar con su mano rebelde las estancadas aguas del pensar rutinario.

«El enigma interior» POR MANUEL GALVEZ.

Versos, versos, versos... Opima va á ser este año la cosecha poética. Otro libro más, *El enigma interior*, impregnado todo él de una indefinible melancolía. Diríasele llegado del *boulevard*. Podrá haber en ello un motivo de censura, pero esta no ha de ser sino relativa. Cierto es que esos versos suenan extrañamente en nuestro idioma, porque, en verdad, á pesar de toda nuestra buena voluntad por imitar á los demás—á los noruegos, á los rusos, á los japoneses, ¡que sé yo!—y por dejar de ser americanos, aun no hemos logrado acostumbrarnos á ese parisienismo excesivo. Sin embargo, se debe separar lo accidental de lo esencial, y hacer una honda distinción entre ciertos rasgos que se dan de pescozones con nuestro modo de ser, y otros que son universales é igualmente propios de Paris como de Buenos Aires, pues que son la real, la íntima expresión de nuestra sensibilidad dolorosamente afinada de hipercivilizados.

El defecto fundamental de *El enigma interior* es su carencia de originalidad. Verlaine sobre todo—dejo de lado otras visibles influencias—pesa sobre este libro. Pero Galvez es sincero consigo mismo. El siente á sus poetas predilectos, con ellos se ha compenetrado y como ellos se expresa. En sus versos se advierte la sinceridad de los sentimientos que canta. No es, pues, un vulgar imitador.

Mas, dejo ya de hacer hincapié en este lamentable defecto de *El enigma interior*, para pasar á considerarlo desde otros puntos de vista más interesantes.

Es un libro delicado y á ratos intenso. Rasgos hay en él que revelan toda un alma de artista. Pero es un libro desigual. Felices expresiones, bellos versos, codéanse en él con tropiezos verdaderamente lastimosos.

Una cuestión que este libro levanta es la del verso libre, cuestión que ya desde el prólogo el poeta se apresura á plantear y discutir brevemente.

No es este el lugar para volver sobre tan debatido asunto, cuya discusión requeriría una amplitud que no puedo darle aquí. Pero en el caso de observar, muy á la ligera, muy dogmaticamente si se quiere, puesto que á continuación va sin pruebas, que hay compo-

siciones en verso libre en *El enigma interior* y en otros libros, nuestros y extranjeros, que, á pesar de todos los artificios tipográficos no pasan de estar en prosa, en sencillísima prosa. Esa cuestión del ritmo interno es cosa muy delicada y que no se resuelve con meras palabras preliminares.

Lo dicho va sin desconocer el mérito de la innovación de Kahn (á quièn se hiciera notar que *descubrir* el verso libre después de Lafontaine y de Corneille era algo difícil), y sin desconocer tampoco que entre nosotros, donde por fortuna no ha arraigado muy hondo, se han hecho de ella estimables aplicaciones, en *Los Crepúsculos del Jardín* principalmente.

De todos modos, dando un corte al asunto, opino que Galvez ha abusado un poco de tan peligrosa innovación.

Pero los defectos, los errores, se contrabalancean en este libro con las buenas cualidades. Y si hay en él versos falsos, ingenuidades, chocantes imitaciones, hay también sensibilidad, frescura, delicadeza y todo un temperamento de artista que si se independiza de las influencias que sobre él gravitan, podrá dar, desarrollando sus modalidades, obras poéticas de verdadero aliento.

«Pétalos marchitos» POR LUIS JUAN ALFONSO

Un tomito de versos, olientes á juventud y á inexperiencia. Nada en ellos de peligrosas innovaciones: los viejos moldes, los viejos ritmos, las gastadas imágenes bástanles al joven poeta. Pasen estos *Pétalos marchitos* como primeros versos; pero ¿no hubiera sido preferible dejarlos olvidados en las páginas de album donde fueron dejados caer al pasar? No siempre es oportuno publicar todo lo que se escribe. ¿Quién no ha escrito versos á los veinte años? ¿Quién no guarda con amor su primer soneto? Pero, ay, si todos publicaran su libro!...

ROBERTO F. GIUSTI.

SOCIOLOGÍA

El Problema Social por *César Iglesias Paz.* — Socialismo, sociología, problemas sociales, la cuestión obrera, son frases que se han hecho modismos corrientes. En la Facultad de Filosofía y letras el doctor Ernesto Quesada dá un curso intenso sobre el materialismo histórico, habiendo ya dado conferencias sobre el problema obrero en la universidad de La Plata. En la misma Facultad de Filosofía el doctor Juan B. Justo dá un curso libre sobre las nuevas vistas para encarar la historia. Ayer el doctor Levene publicaba un pequeño libro sobre leyes sociológicas: después el doctor Dellepiane el suyo de texto de la Facultad de Derecho, y ahora se nos presenta también con un trabajo de actualidad, el doctor Cesar Iglesias Paz, de los últimos egresados.

Comte y Spencer, Marx y Engels, son hurgoneados de continuo aunque pocos se chamuscaran las pestañas sobre ellos.

Se explica: estamos en la gestación de una democracia, tenemos que ser la continuación de Europa bajo muchos conceptos y representamos como país una necesidad de espacio y económica de la parte civilizada del antiguo continente: somos un país de inmigración de raza blanca, raza en la cual se ha engendrado el socialismo, y sus problemas tienen que presentarse aquí aunque no deben plantearse idénticamente.

Copiando instituciones norteamericanas al *organizarnos*, copiando otras secunderias de otras partes, como ahora al querer en lo militar alemanizarnos de lleno, — hemos olvidado y olvidamos el factor de adaptación teniendo en cuenta lo que podríamos llamar el factor sedimento, — lo que vá acumulándose del

pasado, — y entonces ha venido y viene esa lucha continua entre la camisa que no se adapta al cuerpo y el cuerpo que baila en ella. Camisa de once varas.

No en valde se recuerda en la carátula de un libro lo que dijo José Manuel Estrada: «Si conociéramos á fondo los fenómenos de la sociedad colonial, habríamos resuelto las tres cuartas partes de los problemas que nos agobian». Sí, aunque literalmente cada vez nos separemos más de esta necesidad, siempre habrá que volver hacia Mayo para punto de partida, recurriendo á los pensadores Moreno, Rivadavia, Echeverría y Alberdi, en busca del molde y de los ideales de una sociabilidad generosa; como siempre habrá que hacer por conservar algo tradicional (factor sedimento), y el noble legado del idioma en su esencia, con la flexibilidad y los vocablos de la cultura moderna.

Bien, siendo pues un país de inmigración europea, los problemas que allí se han presentado se irán presentando entre nosotros planteados de diversos modos. Bien hacen los que se dedican á asuntos tan capitales y mucho más cuando como el doctor Iglesias Paz son los egresados de la Casa de Derecho y Ciencias Sociales, porque implica que hacen redituar el capital adquirido en sus años de estudio.

El libro que ha producido el doctor Iglesias Paz, viene á ser por tanto el final de un proceso evolutivo intelectual. Luego está escrito con autoridad.

«*El problema social*» es de pequeño formato, construcción sólida y material condensado. Está dividido en cuatro capítulos: preliminares; soluciones: exposición; soluciones: crítica; conclusiones; los que á su vez se subdividen en numerosos acápites.

La prensa en general ha saludado al autor y dado á conocer el libro por lo que no haremos más que una presentación ligera de él en sí, revistando algunos puntos que nos parecen más interesantes.

Sobre el orígen del socialismo no polemizaremos: solamente haremos notar que ya está visto y revisto, que en artes, en ciencias, en letras, en todo, en todo, siempre que se presenta algo *nuevo* se empieza á sutilizar (las sotilezas de Pereda) y sutilizando por un hilo ténue, muy ténue, se puede retrotraer todo al orígen del Cosmos.

La cuestión debe tomarse desde el momento que se presenta con claros y distintos caracteres: desde que el problema se plantea con fijeza. En este caso el socialismo y lo que de él deriva, cuestiones modernas, más aún, contemporáneas, nacidas paralelamente con la consciencia individual aumentada en su número con la propagación de la instrucción. Y la propagación de la instrucción ha venido con la difusión de la escuela, del diario, de la revista, del libro.

El individualismo y el socialismo en el fondo no han estado y no están en lucha sino como transición hacia una solución futura.

Como rasgo común y esencial de las escuelas socialistas señala el doctor Iglesias Paz: «Un mismo pensamiento fundamental, con diferencia de grado, de aplicación ó de método, inspira el alma de toda esa doctrina que puede concretarse en dos conceptos correlativos: «igualdad» y «solidaridad», como fin y medio respectivamente, á pesar de que en algunos sistemas socialistas aparezcan invertidos los términos.» El socialismo en consecuencia y en miras de aquel fin halló su fórmula abstracta en el principio «todos para todos», en oposición al individualista, «cada uno para sí.» Solamente cuando los países llegan á las densidades de población de Francia y Alemania, puede el socialismo — sin ser un *negotium* para una de las partes y un idiotismo para otra — revestir el carácter de internacionalismo. Son grados de una escala, y antes hay que hacer nacionalismo, basado, eso sí, en los modernos principios sociales. Bien está, entonces, el Partido Socialista *Argentino.*

Concluye *El Problema Social* con atinadas consideraciones referentes á la protección de la clase trabajadora por ella misma, como á la protección en sus relaciones con el capital.

Resumiendo: escrito en forma clara y sobria, serenamente, sin prejuicios de partidos, este libro del doctor Iglesias Paz es una obra de aliento que, á más de ser de utilidad general, viene á abrir con llave de oro la producción de este joven trabajador, esperanza de la ciencia argentina. — *J. H. R.*

EL PROBLEMA NACIONAL OBRERO Y LA CIENCIA ECONÓMICA—LA CUESTIÓN OBRERA Y SU ESTUDIO UNIVERSITARIO—HERBERT SPENCER Y SUS DOCTRINAS SOCIOLÓGICAS, *por Ernesto Quesada.* — El doctor Que-

sada es un trabajador infatigable. Con seriedad y conciencia, más propias del ambiente intelectual europeo que de este medio americano, en el que aún es muy común asaltarlo todo con audacia de montonero, el señor Quesada ha ido dando á luz, en el transcurso de unos treinta años de intensa labor, un sinúmero de obras de índole y de extensión diversas, honra de la ciencia y de las letras nacionales.

Tres últimos folletos del distinguido publicista llegan ahora á nuestra redacción. Son tres trabajos de sociología, disciplina en la cual ha concentrado el doctor Quesada desde hace unos años á esta parte, todas sus actividades. En el primero de ellos es de alabar sobre todo esa crítica severa á la que somete el doctor Quesada las obras de consulta que pone en manos de sus alumnos, siendo el segundo, *La cuestión obrera y el estudio universitario*, un trabajo igualmente meritorio, mucho más en estos momentos en que comienzan á agitarse en forma asaz pronunciada estos problemas que reclaman una especialísima atención de parte de quienes, por sus conocimientos en esta materia, pueden dispensársela. Y, por último, el tercer folleto, constituyénlo una serie de conferencias en las que la vida y la obra de Herbert Spencer son pasadas en revista, comentadas, explicadas y colocadas en el ambiente intelectual en que nacieron, para pasar luego con fundamento á un análisis minucioso de las doctrinas sociológicas del filósofo inglés. Es este un trabajo de síntesis, que, bien puede ser leído con agrado y provecho por todos aquellos que quieren formarse una cabal idea del sistema de Spencer.

Si el doctor Quesada persiste en esta labor sociológica ha de legar al país no sólo una serie de trabajos que engrosarán el aún modesto bagaje de nuestra ciencia, sino que ha de formar también desde las cátedras que dicta, una pléyade de discípulos, que de él adquirirán por lo menos el culto de la honradez y de la seriedad en la investigación científica, y la afición á pensar con cabeza propia. — *G.*

BELLAS ARTES

PALABRAS PRELIMINARES

Los directores de esta revista han recordado que en un tiempo dediqué sendos artículos á este tópico de las bellas artes y hoy me encomiendan el cometido de la sección respectiva.

De seis años á esta parte, la cultura artística de Buenos Aires ha acrecido considerablemente, efectuando el proceso de su evolución á grandes saltos.

Este fenómeno es de sencilla explicación; en arte como en todas las manifestaciones de la moderna actividad, vivimos del reflejo de los grandes focos europeos y pocas cosas más rápidas en su propagación que la luz, pero esa luz se apropia el color del cristal que se le interpone. El estudio pues de la tamización de las luces de España, de Italia y de Francia,—que son las que más directa y en más profusión nos llegan,— á través del cristal de nuestro propio temperamento, será el objeto primordial, sinó exclusivo, de estos artículos.

De las aisladas exposiciones que con explicable rubor, dado el medio, se organizaban en años pasados, queda solo la tradición: hoy las exposiciones se suceden unas á otras y algunas, las malas especialmente, se propagan por generación expontánea. El snobismo rumboso hizo medrar á los mercaderes, la fama de nuestra

largueza y munificencia, limpió de telarañas infinidad de cuadros, grandes brochazos de barniz rejuvenecedor se extendieron sobre la pátina de olvido de muchas telas de valor subalterno que han sido negociadas aquí á precios altos y hoy gozamos la justa fama de constituir uno de los mercados artísticos más importantes del mundo.

Más importantes, sí, pero no más considerados; somos excelentes pagadores y apreciadores de una gran deficiencia; esto es lo lamentable y esto dará también tema contínuo á nuestra propaganda.

En la calle Florida, en un radio de tres cuadras, además de una *alfombrería* que habilita sus escaparates para la exposición de cuadros, hay cuatro salones permanentes de pintura.

En *L'Aiglon* el pintor Ferruccio Pagni expuso una variada colección de óleos y pasteles, sin mayor importancia. Llamaba la atención por ser todos los marcos de idéntica barilla.

En el mismo salón el señor Ethiénne Benéch, animalista, *discípulo de la Real Academia Albertina de Turín y de las escuelas de Quadrone y Pallizzi, premiado en varias exposiciones europeas donde han figurado sus obras, habiendo sido adquiridas algunas de ellas por la casa Real de Italia*, según rezan los catálogos, aunque no creemos que constituya patente de buen gusto la aserción última, expone actualmente 33 trabajos de una perfecta inferioridad y se dá el lujo de cobrar $ m/n. 1.500 por unas *perdices á la vista*, perdices que con marco y todo, para ser justos, tasamos en $ 50 m/n.

En el salón Costa, el señor Tristan Lacroix, animalista también, que ha obtenido en el extranjero muchas *recompensas*, expuso una colección de ampliaciones fotográficas, vivamente coloreadas, que no merecen á nuestro juicio ninguna recompensa.

Actualmente hay una exposición ecléctica por los asuntos y procedimientos, de *varios autores célebres*, la casi totalidad de ellos completamente desprovistos de celebridad. De las 128 obras expuestas hay algunas notas interesantes.

La exposición de *arte francés*, en este mismo salón, ha sido una de las más dignas y bien representadas del año.

En el salón Castillo, el artista italiano Feragutti Visconti nos hizo apreciar parte de su obra, intensa y fuerte.

Fueron sus cuadros justamente celebrados, pero el éxito financiero no acompañó á la alabanza admirativa. Sus precios, altos en exceso, hicieron abstenerse á los aficionados.

El pintor Polese que expone ahora, es un trabajador meritorio y tiene algunos paisajes sentidos y de excelente factura.

El pintor sevillano Don Manuel García y Rodriguez, *premiado en todas las exposiciones europeas donde han figurado sus obras, habiendo sido adquiridas algunas de ellas por los principales Consejos de Arte Moderno*, palabras del catálogo, llenó el salón Witcomb de cosas bonitas, justipreciando el valor de sus cuadros por el tamaño de los mismos. El más pequeño de ellos estaba avaluado en $ 60 y el mayor en $ 2.500.

Como expresión de arte, pudimos notar que había pequeños, superiores á los medianos, y medianos, mejores que los mayores.

El señor F. Stefani, distinguido *amateur* é inteligente intermediario entre los artistas y el público, organizó en el mismo salón Witcomb, su cuarta exposición, dividida en dos partes, que fueron dos momentos distintos y una sola sensación de noble y puro arte.

Las notables obras de Ettore Tito, dos ó tres de ellas magistrales, iniciaron el certámen, siguiendo las de Michetti, Morelli, Grosso, Sartorelli, Boldini y algunos otros maestros italianos, de los cuales hace la apreciación y apología el renombrado crítico Hugo Ojetti, en un notable estudio sobre la fama y las obras de los artistas de Italia, que viene incluido en el catálogo.

Figuran también varios pequeños bronces de Bistolfi y Calandra.

La exposición de artistas italianos ha tenido un buen éxito de venta, no así la de Tito.

Esto se explica facilmente. El señor Stefani, con muy buen criterio, viendo el fracaso pecuniario de la primera parte de su exposición, sin mayores sacrificios, ha fijado precios más equitativos en la segunda.

Ahora se preparan dos exposiciones, más interesantes para nosotros, porque atañen más de cerca á nuestro objeto de dedicar preferente atención á la marcha, vicisitudes y gloria del arte entre nosotros, del arte que no trepidamos en llamar nuestro, del arte nacional, en el cual creemos y esperamos.

Las exposiciones anunciadas son, de la *Sociedad de Aficionados*

en el salón Costa, y de *El Círculo*, en la cual nuestros jóvenes artistas presentarán sus dibujos, pinturas y esculturas de última data.

Dedicaremos en el próximo número un estudio especial á ambas manifestaciones, porqué, como ya lo hemos dicho, á la inversa de lo que se hace generalmente, nosotros pospondremos lo importado á lo nuestro, sin que esto quiera decir que tildemos de exóticas, las obras de artistas extranjeros, que radicados en nuestro ambiente, usan de nuestro pan como de nuestro sol y aportan en cambio sus iniciativas y esfuerzos para la persecución del ideal común.

Transcribimos un párrafo de Malharro que sintetiza nuestro pensamiento: *Creemos*, dice, *en un arte nacional, en un arte original como nuestra naturaleza; en un arte con carácter propio, netamente definido, sincero, con medios de expresión nuestro, en un arte lozano, valiente y original como original es el Facundo de Sarmiento.*

La razón primera y fundamental de la originalidad de «Facundo» es la independencia y originalidad del espíritu del autor.

Alentar á nuestros artistas, predicarles fé para la lucha y el cultivo de la propia personalidad; hacerles conocer del público, sacarles de la sombra, donde la incuria nacional injustamente les ha relegado; hacerles apreciar en lo que realmente valen y prometen valer, será el alto y patriótico fín que con todo tesón perseguiremos.

EMILIO ORTIZ GROGNET.

MÚSICA

TEMPORADA LÍRICA

Un seleccionado elenco y un escogido repertorio, grandes campeones del arte y nuevas producciones, han sido siempre las promesas de nuestros empresarios en cada temporada lírica. Cumplidas ó no, el público no ha sabido retraerse.

Es que no es una afición desmedida al arte la causa que congrega á tanta persona en los recintos consagrados á la música. El tanto por ciento mayor lo dá la moda, la tirana moda, que vende su protección á cambio á veces de un desvío absoluto hácia aquello mismo que fomenta con su presencia.

La heterogeneidad de constitución de nuestro público ha exigido siempre un repertorio ecléctico. También lo ha sido este año el de la ópera. En él han figurado desde el extraordinario improvisador Donizetti con su envejecida *Favorita*, aplaudida más por las agradables asociaciones que en algunos provocara que por su valor musical de absoluta insignificancia, hasta Ricardo Wagner con una de sus obras más popularizadas, *Lohengrin*, primera afirmación de un arte nuevo, verdadero, único. La belleza del poema, basado en una leyenda de un misticismo sentimental y á cuyo carácter filosófico Anatole France ha atribuido la claridad espiritual de un símbolo; y la amplitud de inspiración é independencia de procedimientos de la partitura han logrado triunfar, entre nosotros, de tanto prejuicio razonado ó inconsciente. Es que las calidades propias del compositor se hallan suficientemente acentuadas para no poder ser desconocidas. En las obras posteriores, de tan sobrehumana contextura y gigantescas propor-

ciones, aparecerán más claramente expuestas las ideas de renovación que en *Lohengrin* se señalan. La compenetración de los elementos poético y musical será más íntima; el empleo del *leitmotiv* más frecuente y habrán desaparecido por completo algunas fórmulas de la antigua ópera. El genio poderoso de Ricardo Wagner habrá realizado entonces con arte soberano la unión, según se ha dicho, del drama de Esquilo á la sinfonía de Beethoven.

Berlioz con su *Dannazione di Faust*, desigual pero siempre laboriosa, más digna de admiración que de entusiasmo; Bizet con su *Carmen*, ese drama lleno de color y de pasión, de un delicadísimo y magnífico realismo, donde vibra, palpita, canta el corazón de un gran artista que sin dejar de ser accesible dió extraordinario relieve á ese poema de amor y de muerte, al que imprimió también el intenso colorido de la tierra de sus protagonistas; Saint-Saëns con su *Sanson y Dalila*, uno de los monumentos del teatro musical francés, se alternaron y sucedieron en esta temporada con Verdi, en su genial *Aida* y en su *Don Carlo*, obra de transición en la que se hallan todas las influencias del pasado y los presentimientos del porvenir; con Boito, en su *Mefistofele*, quizá mejor concebido que realizado; con Catalani en *Loreley*, que tanto realza el arte musical italiano; y con Puccini que ha triunfado, se ha impuesto gracias á sus repetidos lugares comunes, á sus enojosas concesiones — tanto más imperdonables cuanto que su autor atestigua en muchos momentos una sensibilidad delicada y no pocas cualidades de técnico experto.

Se pusieron en escena, además, tres novedades: *Herodiade* de Massenet, *La sposa venduta* de Smetana y *Teodora* de Leroux.

La leyenda bíblica que inspira el cuento de Flaubert, tan poderosamente dramatizado por Oscar Wilde, está en la obra de Massenet— que nos ha llegado cinco lustros despues de haber sido aplaudida por vez primera en Bruselas—desnaturalizada por completo. No es la judia dedicada á todos los vicios, á todas las corrupciones, que llega al paroxismo del erotismo, la Salomé que aquí se representa. Esa flor del mal, ese tipo extraño de pubertad lasciva y de inconsciente crueldad ha sido convertida en una Maria Magdalena, ha dicho con razón Saint-Saëns. De Juan Baustista, el noble y austero profeta, se ha hecho un vulgar amante de Salomé. Han desaparecido, pues, esas dos figuras que encarnaban

dos fuerzas opuestas : una el mal por su lujuria, la otra el bien por su probidad. Así en *Herodiade* se ha transformado á Juan Bautista y Salomé en Romeo y Julieta!

La expresión de los sentimientos violentos y de los conflictos dramáticos de ese libreto no se avenían con el temperamento de Massenet. Había demasiada fuerza para un músico que solo poseía, el encanto, la gracia. No pudo, pues, traducir los caracteres ni profundizar las pasiones de los personajes. Escribió música superficial y decorativa, siempre en vista de un éxito inmediato, ese mismo principio estético con que ha concebido todas sus obras.

Esta preocupación del efecto lo ha hecho ampuloso y por momentos, para estar al nivel de la situación, ha sustituido la energía por el ruido, el acento por el énfasis.

El Massenet de *Manón* y de *Werther* que se ha conquistado el favor del público, especializándose en la expresión de un sentimiento, el amor, del que ha creado un lenguaje de una ternura lánguida, acariciadora, femenina, se presiente en *Herodiade.*

Menos elegante, menos distinguida que en aquellas, la línea melodiosa aparece aquí igualmente fragmentaria, poco ó nada desarrollada, con cadencias finales propicias al aplauso, armonías simplemente agradables, rítmos fáciles, ternarios de preferencia, y una orquestación delicada y colorida por fragmentos.

Las mejores páginas de esta partitura las ha inspirado la nota exótica que halla eco en uno que otro coro y en las danzas.

Entre tanta aria, duo, trio, marcha, preludio, intermedio y concertante que en ella se suceden poco es lo que merece señalarse.

Será, pues, vano esfuerzo el pretender dar á esta obra secundaria, en la que la personalidad de un músico de talento lucha por independizarse, sin conseguirlo á menudo, de la influencia de los dos compositores más en boga á la sazón, Meyerbeer y Gounod, un lugar en el actual repertorio de las escenas líricas.

Massenet continuará siendo el autor tierno y sentimental, delicado y elegiaco de *Manon* y de *Werther.*

La obra de Smetana, el ilustre tcheque, sufrió como se recordará, un ruidoso fracaso.

Lo hemos lamentado por el público mismo. Una producción de un arte tan puro, tan elevado debía necesariamente resultar superior á su comprensión. Merecía mayor consideración un músico

que dotó á su país de un arte propio, que triunfó llevando la originalidad de ese arte más allá del pequeño centro donde fué creada.

La sposa venduta, esa ópera cómica de una encantadora puerilidad en el libreto, de una música, sobria y lijera, transparente y vivaz, puede no entusiasmar, por hallarse bastante distanciada de la psicología profunda en el poema y de los refinamientos y complicaciones en la partitura que exige la tendencia moderna, pero es de una claridad de orden y de una facilidad de expresión no poco meritorias y admirables.

No lo creyó así el público de la ópera. Lo peor es que tampoco lo creyó la mayor parte de los críticos, que también se manifestó reservada para con la obra de Leroux.

Del drama rápido y violento, brillante y superficial de Sardou, solo podía sacarse un libreto de ópera. No era *Teodora* un poema de drama ó de tragedia musicales. Tienen en él demasiada preponderancia las exterioridades contingentes y los accesorios de *mise en scéne*, y sus personajes no son, si se nos permite decirlo así, esencialmente líricos. Este lirismo no lo dan los oropeles que llevan. Nace de los sentimientos y de las pasiones. Se manifiesta entonces por la expresión de la naturaleza verdadera de los personajes. Cuando cantan es que el canto es el medio de revelación más elevado, necesario; único de los que sienten. Es así que el arte sonoro afirma su soberana facultad de expresar, como se ha dicho, lo inexpresable.

Los personajes de *Teodora* son bajo este aspecto demasiado superficiales. Además ellos lo dicen todo poseidos de una contínua retórica, que deja á la música en un lugar secundario.

Pero la elección de este libreto denota la orientación artística de un músico superiormente dotado, pero que es ante todo un hombre de teatro.

Las situaciones fuertes provocadas por el conflicto del amor y de la libertad, el pintoresco colorido de bizantinismo y los episodios de multitud tenían, en *Teodora*, la necesaria amplitud y la indispensable magnificencia para el efecto teatral.

Leroux ha seguido la acción en sus menores detalles, con una declamación lírica sobre un contínuo comentario, sinfónico por excelencia, y en el que aparecen repetidos *leitmotive*. El elemento

melódico solo interviene en las voces para dar mayor efusión á algunos momentos apasionados.

La orquesta, tratada con admirable maestría, es la que refleja todo el drama. Y su musicalidad es siempre interesante, superior, audaz, de una intensidad, de una delicadeza, de una voluptuosidad, exquisitas, pocas veces demasiado fáciles.

Un músico de un temperamento tan vigoroso y de un dominio tan absoluto de la técnica como se ha revelado Leroux es capaz de dar al teatro obras acabadas y duraderas, si no persiste en elegir poemas amusicales.

Los espectáculos han sido en cuanto á presentación escénica suficientemente magnos para que no sea necesario encomiarlos demasiado. Si algunas interpretaciones han resultado más la letra que el espíritu, más las notas que la música, cumple manifestar que ello fué debido más que á la deficiencia de pocos cantantes á la relativa imferioridad de su director artístico.—Relativa, decimos porque ella surge de la inevitable comparación con una personalidad eminente, Arturo Toscanini, cuya actuación ha sido para nosotros una grande y bella enseñanza.

En el Coliseo, *Carmen* (con la realista creación de la talentosa Maria Gay), *Dannazione di Fausto* y *Sansón y Dalila* nos compensaron de tantas *Lucías*, *Traviatas* y *Sonámbulas*, etc., y también de tal cual *Zazá*. Con elementos como los que actuaron pudieron dársenos mayor número de obras, que señalaran un esfuerzo más serio, una aspiración más noble que las seleccionadas entre las de la decadencia ó las del *verismo* de la lírica italiana.

Nuestra educación musical continuará falseada si se persiste en hacer primar en los repertorios esas viejas óperas, muchas de las cuales ni el mérito de los intérpretes logra sostener.

Hoy, nadie discute la superioridad del drama lírico sobre la ópera á la antigua usanza. Es menester, pues, que no sigamos agenos á una evolución reconocida legítima y necesaria.

Muchos se rezagarán en esta marcha altiva de la música por la senda que señala el artista de sinceridad, de audacia, de progreso, de fuerza, de juicio. Pero acabarán por seguirla...

MIGUEL MASTROGIANNI.

TEATRO NACIONAL

Nacional—«El Buen Dolor» por *Don Félix Alberto de Zabalía.*

En el mes de Agosto no ha habido en este teatro ningún estreno de importancia, si exceptuamos el de las comedias dramáticas en un acto, «*El mejor tesoro*» de Emilio Ortiz Grognet, «*La Suerte Negra*» de José de Maturana y «*El Buen Dolor*» de Félix Alberto de Zabalía.

Ninguna de las tres ha obtenido un verdadero exito, á pesar de que ellas revelaban en sus autores cualidades encomiables, cualidades que imponían una mayor consideración por parte del público.

Especialmente «*El Buen Dolor*», drama intenso y de caracteres bien definidos, era merecedor de un éxito franco.

Y lo peor es que, cuando como en el caso actual no se premia con justicia una tentativa seria, se niega el derecho del desaliento al autor y de que en vista de la inutilidad del esfuerzo, se entregue éste á la composición de sainetes cómico-líricos, más al alcance del gusto público. De este gran error, son culpables y responsables, ante todo, los auditores inteligentes.

Obeservación, sentimiento, una cierta audacia, el cuidado de los menores detalles, todas apreciabilísimas cualidades de dramaturgo, revela esta obra de Zabalía, por muchos conceptos superior á sus anteriores.

—Durante el mes se ha efectuado la *reprise* de un buen drama, de un excelente drama. Me refiero á «*Marco Severi*» de Roberto J. Payró, que logró, durante cinco ó seis noches, mantener

en constante entusiasmo á los espectadores. Al éxito de esta *reprise*, han contribuído en gran parte los actores, que interpretaron sus respectivos papeles con completa corrección.

Marconi—«La Eterna Ciega», por *Don Otto Miguel Cione.*

Este teatro, en cambio, nos ha ofrecido en el transcurso del mes, el estreno de una nueva obra del señor Cione.

Obra de tendencia sana, pues con ella el autor se propone corregir un defecto de nuestra ley penal, poniendo de manifiesto las injusticias á que se presta la imprecisión de un artículo; bien construída y de caracteres particulares perfectamente individualizados, es en verdad merecedora del aplauso caluroso con que fué recibida. En ella ha demostrado su autor, que los secretos de la técnica, le van siendo cada día más familiares.

El señor Cione es realmente un gran laborioso. Desde que el concurso de novelas de «El País», le hiciera conocer en 1901 con «Maula», como buen prosista y perspicaz observador, hasta el momento actual, el señor Cione nos ha dado una serie de obras teatrales, buenas unas, mediocres otras, pero todas acusando una pertinacia y buena voluntad dignas de encomio. Y como siempre sucede, toda labor constante, tarde ó temprano, tiene su recompensa. Sus tres últimas obras le encaminan en este sendero.

He aquí el argumento de «La Eterna Ciega» rápidamente relatado: Roberto, joven y rico, es propietario de una fábrica en la que están bajo su dependencia un gran número de obreros y obreras. Una de éstas, Elvira, ha despertado sus deseos y se propone hacerla suya. Pero en la misma fábrica trabaja Martín, padre de la obrera, hombre impulsivo y temible, al que, por lo tanto, es necesario sacar del paso. Con este fin,—nada más fácil—se le acusa de haber hurtado unos juguetes, inservibles, que se llevara para la hijita enferma de un compañero de trabajo. Caído Martín en las redes del Código, es condenado á cuatro años y medio de penitenciaria.

Cumplida la condena regresa al hogar, deshecho por su ausencia, pues ella precipitó la caída de Elvira, caída que á su vez ha ocasionado la muerte de la madre de esta. Roberto, una vez logrado su objeto, como es lógico suponer la abandona. Y aquí lo falso de la obra. Del primero al segundo acto han pasado cuatro

años y medio. Sin embargo nos encontramos con que á pesar de haber transcurrido tanto tiempo, el abandono de Roberto es reciente, y lo que es aún más grave, Elvira recién va á ser madre. Confesemos que si la pasión de este, ha podido durar cuatro años, la maldad de que se le acusa no puede hallar asidero. Gracias que se mantuviera fiel seis meses. ¡Y eso! Pero es que si no se echaba mano de esta *ficelle*, entonces no había drama.

Bien pues, Martín regresa al hogar y al enterarse de la deshonra de su hija y de su estado actual, exije que esta se lo comunique á su antiguo amante. Puede ser que esto le conmueva.

Roberto se encuentra festejando con sus amigos, diputados, jueces, abogados, el triunfo de la causa que había pendiente contra él, por una gran estafa á la Aduana. Como el dinero ha corrido en abundancia, el comprometido ha sido salvado. Para él no rigieron los artículos del Código.

Mientras los amigos pasan á una pieza contigua, á jugar una partida de billar, Roberto queda solo y en este preciso momento llega Elvira con el objeto que sabemos. Ante la revelación, éste, en lugar de conmoverse se ríe y después de una breve discusión entre ambos, la arroja brutalmente á la calle. En el instante que va á incorporarse á sus amigos, aparece Martín, y pone fin á la obra vengando con la muerte de Roberto, su prisión y su deshonra.

A pesar de los defectos que contiene, por el fin moral que lo ha guiado y por el conocimiento que ha demostrado de la técnica teatral, merece esta obra del señor Cione, lo repetimos, el aplauso caluroso con que fué saludada la noche de su estreno.

La interpretación, bastante buena. Unicamente sería de desear que el señor Pablo Podestá contuviera un poco sus ímpetus rugidores que, si bien pueden agradar al público de las galerías altas, sólo consiguen, ante el público culto, hacer antipático y hasta odioso al personaje que precisamente debiera serlo menos. Muy bien el señor Ducasse, que día á día progresa más. Igualmente bien la señora Mancini. Bastante mal la señora Celvi.

La correcta presentación de la obra, impone una felicitación al Director artístico, señor Atilio Supparo.

ALFREDO A. BIANCHI.